

Biblioteca
822
DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRESA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR.
Calle del Duque de Alba, n. 13.

Propiedades de que consta la Biblioteca Dramática.

- A un tiempo amante y hermana, t. 1.
 Ansias matrimoniales, o. 1.
 A las máscaras en coche, o. 3.
 A tal accion tal castigo, o. 5.
 Azares de una privanza, o. 4.
 Amante y Caballero, o. 4.
 A cada paso un acaso, ó el caballero,
 o. 5.
 Amor y Patria, o. 5.
 A la misa del gallo, o. 2.
 Amor imposibles vence, ó la rosa en-
 cantada, o. 3. Magia.
 Asi es la mia, ó en las máscaras un
 martir, o. 2.
 Actriz, militar y beata, c. en 3.
 Al pié de la escalera, c. en 1.
 Arturo, ó los remordimientos, d. en 1.
 Al borde del abismo, t. 1.

 Beltran el marino, t. 4.
 Benvenuto Cellini, ó el poder de un
 artista, o. 5.

 Con todos y con ninguno, t. 1.
 César, ó el perro del castillo, t. 2.
 Cuando quiere una muger!! t. 2.
 Casarse á oscuras, t. 3.
 Clara Harlow, t. 3.
 Con sangre el honor se venga, o. 3.
 Como á padre y como á rey, o. 3.
 Cuánto vale una leccion! o. 3.
 Campolís ó las grandes pasiones, t. 2.
 Caer en el garlito, c. en 3.
 Caer en sus propias redes, c. en 2.

 D. Canuto el estanquero, t. 1.
 Dos contra uno, t. 1.
 Dos noches, ó un matrimonio por
 agradecimiento, t. 2.
 Deshonor por gratitud, t. 3.
 Dos y ninguno, o. 1.
 De Cádiz al Puerto, o. 1.
 Desengaños de la vida, o. 3.
 Doña Sancha, ó la independencia de
 Castilla, o. 4.
 Don Juan Pacheco, o. 5.
 D. Ramiro, o. 5.
 D. Fernando de Castro, o. 4.
 Dos y uno, t. 1.
 Donde las dan las toman, t. 1.
 De dos á cuatro, t. 1.

 Dos noches, t. 2.
 Dieguiyo pata de anafe, o. 1.
 Dos muertos y ninguno difunto, c. en 2.
 De una afrenta dos venganzas, d. en 5.

 En la falta vá el castigo, t. 5.
 Engaños por desengaños, o. 1.
 Estudios históricos, o. 1.
 Es el demoio!! o. 1.
 En la confianza está el peligro, o. 2.
 Entre cielo y tierra, o. 1.
 En paz y jugando, c. en 1.
 Enrique de Trastamara, ó los mineros,
 d. en 3.
 Es un niño, c. en 2.
 El Andaluz en el baile, o. 1.
 El Aventurero español, o. 3.
 El Arquero y el Rey, o. 3.
 El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.
 El Amante misterioso, c. en 2.
 El Confidente de su muger, t. 1.
 El Caballero de Griñon, t. 2.
 El Corregidor de Madrid, t. 2.
 El Castillo de S. Mauro, t. 5.
 El Cautivo de Lepanto, o. 1.
 El Coronel y el tambor, o. 3.
 El Caudillo de Zamora, o. 3.
 El Conde de Monte-Cristo, primera
 parte, t. 10 cuadros.
 Idem segunda parte, t. 5.
 El Castillo de S. German, ó delito y
 espiacion, t. 5.
 El Ciego de Orleans, t. 4.
 El Criminal por honor, t. 4.
 El Cardenal Cisneros, o. 5.
 El Ciego, c. en 1.
 El Duque de Altamura, c. en 3.
 El Dinero!!, t. 4.
 El Doctorcito, t. 1.
 El Diablo familiar, t. 3.
 El Dios del siglo, t. 5.
 El Diablo en Madrid, t. 5.
 El Desprecio agradecido, o. 5.
 El Diablo enamorado, o. 3.
 El Diablo son los nietos.
 El Derecho de primogenitura, t. 1.
 El Doctor Capirote, ó los curanderos
 de antaño, t. 1.
 El Diablo nocturno, t. 2.
 El Diablo y la bruja, t. 3.
 El Doctor negro, t. 4.
 El eclipse, o. 3.
 El Espectro de Herbesheim, c. en
 El Favorito y el Rey, o. 3.
 El Guarda-bosque, t. 2.
 El Guante y el abanico, t. 3.
 El Galan invisible, c. en 2.
 El Hijo de mi muger, t. 1.

 El Hermano del artista, o. 2.
 El Hombre azul, o. 5 cuadros.
 El Honor de un castellano y debero d
 una muger, o. 4.
 El Hijo de su padre, t. 1.
 El Himeneo en la tumba, ó la hechí-
 cera, o. 4. Magia.
 El Hechicero ó el novio y el mono, c.
 en 2.
 El Hijo de Cromwell, ó una restaura-
 cion, c. en 5.
 El Hijo del emigrado, d. en 4.
 El Ingeniero ó la deuda de honor, d.
 en 3.
 El Idiota ó el subterráneo de Heilberg,
 d. en 5.
 El Lazo de Margarita, t. 2.
 El Leñador y el ministro, ó el testa-
 mento y el tesoro, 6 cuadros.
 El Maestro de escuela, t. 1.
 El Marido de la Reina, t. 1.
 El Mudo por compromiso ó las emo-
 ciones, t. 1.
 El Médico negro, t. 7 cuadros.
 El Mercado de Londres, t. id.
 El Marinero, ó un matrimonio respen-
 tino, o. 1.
 El Médico de su honra, o. 4.
 El Médico de un monarca, o. 4.
 El Marido desleal, ó quien engaña á
 quien, c. en 3.
 El Nudo Gordiano, t. 5.
 El Novio de Buitrago, t. 3.
 El Novicio, ó al mas diestro se la pegan,
 c. en 1.
 El Oso blanco y el oso negro.
 El Pacto con Satanás, o. 4.
 El Premio grande, o. 2.
 El Pacto sangriento, ó la venganza
 corsa, t. 6 cuadros.
 El Paje de Woodstock, t. 1.
 El Peregrino, o. 4.
 El Premio de una coqueta, o. 1.
 El Piloto y el Torero, o. 1.
 El Poder de un falso amigo, o. 2.
 El Raptor y la cantante, t. 1.
 El Rey de los criados y acertar por
 carambola, t. 2.
 El Robo de un hijo, t. 2.
 El Rey martir, o. 4.
 El Rey hembra, t. 2.
 El Rey de copas, t. 1.
 El Robo de Helena, c. en 1.
 El Secreto de una madre, d. en 3 y
 prólogo.
 El Seductor y el marido, t. 3.
 El Támbana, t. 3.
 El Tio y el sobrino, o. 1.
 El Trapero de Madrid, o. 4.



FERNANDO EL PESCADOR O MÁLAGA Y LOS FRANCESES.

Drama en tres actos y diez cuadros, original de D. MANUEL TAMAYO y BAUS, admitida para su representacion en el teatro del Drama, el año de 1849.

PERSONAGES.

FERNANDO.	DOÑA MARIA.
GUILLERMO.	BARBARA.
CARLOS.	PRUDENCIO.
TIBURON.	OFICIALES.
DON ALVARO.	UN CARCELERO.
UN CAPITAN.	UN SOLDADO ESPAÑOL.
UN FRANCÉS.	UN JUEZ.
ANTOÑUELO.	PEDRO.
UN HOMBRE DEL PUEBLO.	UNA MUGER.
TRES CONJURADOS.	

Málaga es el lugar de la accion.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

UNA LLAVE.

Una calle: casas á uno y otro lado, una de ellas practicable. El mar se divisa en el fondo con algunas lanchas.

ESCENA PRIMERA.

TIBURON y cuatro marineros.

TIB. Si, hijos míos; la muerte es el único recurso que nos queda á nosotros los verdaderos españoles, y así bueno será morir matando. Málaga, nuestra querida Málaga, es también presa de esos condenados franceses, que se han hecho dueños de España toda por la razón de la astucia y de la fuerza. Pero á fé á fé que no se dirá que no hemos sabido luchar. Hasta armados con palos y cañas salimos á oponernos á la entrada del extranjero. ¡Mil andanadas! Era un ejército aguerrido y numeroso. Nos-

tros un tropel de hombres en desorden, sin armas, y sin disciplina. Conque á ver si logramos nuestro objeto. Emboscaos por esas calles apartadas del centro de la población, y echad á pique al primer franchute que pase por ellas. Si alguno de vosotros fuese perseguido, vea de salvarse en esa lancha. Manos á la obra, y una ballena se trague al que no contribuya por su parte á la estirpación total de esos pescados indigestos. Bien sé que esto es cosa de más de un día, pero ya lo sabeis, muchachos, con paciencia se gana el cielo. No direis que Tiburon ha dejado de ser lo que era cuando mereció tal apodo. Vamos, hijos, vamos; y viva la independencia. (*vase seguido de los marineros por la izquierda.*)

ESCENA II.

El EMBOZADO y GUILLERMO, dan las siete en un reloj.

GUI. (*pugnando para ver el número de la casa de la izquierda.*) Número 50; apenas se distingue con la oscuridad...

EMB. Me han dicho que ha pocos días se ha mudado á este apartado arrabal. Y no hay duda ese debe ser el número 50. (*vá á acercarse á la casa y ve á Guillermo.*) ¡Ah! Qué mirará ese hombre?

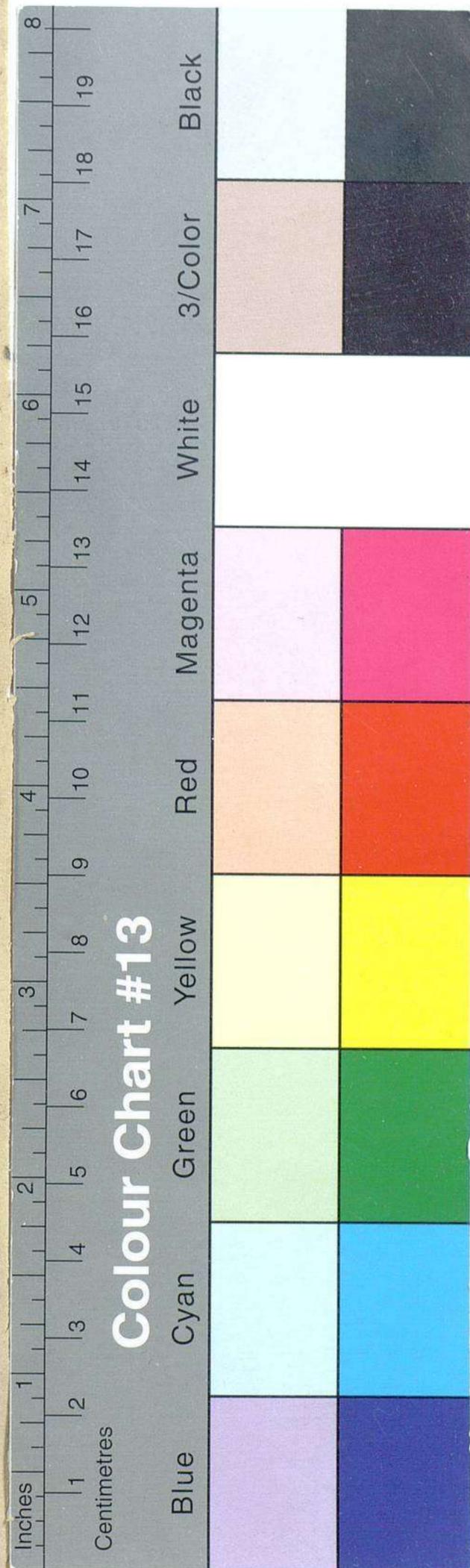
GUI. Qué buscará ese hombre? (*el Embozado se aleja.*) Ah! se retira... Esperemos. Quizá halle un medio ..

EMB. Pues no se vá: y con que atención mira la casa! Qué significa esto, Dios mío?

GUI. Pues lo que es yo no me voy.

EMB. Aquí me quedo. (*oyense gritos lejanos.*)

GUI. Qué será esto? (*sale un marinero joven, arroja al suelo un puñal ensangrentado y salta precipitadamente á la lancha, y remando con toda su fuerza se aleja de la orilla.*)



EMB. Ese pescadorcillo acaba de dar las buenas noches á algun extranjero. Si, no hay duda, le vienen siguiendo soldados franceses. (*entran corriendo tres soldados franceses. Ven que el marinero se aleja y le hacen fuego.*)

PES. Ya lo veis, franchutes; me he tragado las balas. Viva la independenciam!

FRAN. 1.º Oh! (*reparando en el embozado.*) Quesqu tu faces lá?

EMB. Eh! dejadme en paz. (*sale por la derecha.*)

FRAN. 1.º Y tu Sanyble! Respond mua. (*Guillermo deja ver un uniforme francés.*) Ah! pardon Mosiú. (*se retira haciendo una profunda reverencia.*)

ESCENA III.

GUILLERMO, ANTOÑUELO, *despues el* EMBOZADO.

GUI. Bien haya este acontecimiento que me libra de ese importuno. (*la puerta de la casa empieza á abrirse.*) Se abre la puerta. (*retirándose un poco.*)

EMB. Observemos.

ANT. Me despiden! (*sale de la casa y vuelve á cerrar.*) Me echan á la calle. Y á dónde voy á dar ahora con mis huesos, sin un cuarto en el bolsillo, despedido y sin dinero!

GUI. Buen hombre! (*acercándose.*)

ANT. Quién?.. ¡Ah! Caballero!..

GUI. Te lamentabas de tu suerte.

ANT. Si señor; acabo de ser despedido por mi ama; cuando solo hace tres dias que estoy en su casa; y por qué motivo? Porque me gusta mas dormir que trabajar.

GUI. Y quién es tu ama?

ANT. Doña Maria de la Vega.

GUI. (Ella es.) Y se halla sola en este momento?

ANT. Sola con el mandria de su mayordomo, y con la muger de su mayordomo. Pero esas preguntas...

GUI. Introduceme en esa casa, y tuya es toda la plata que contiene ese bolsillo.

ANT. Con mil amores. Justamente tengo aun aqui la llave de mi cuarto, que abre la puerta de la calle sin la menor dificultad. Os dejo en el jardín, y me vuelvo en seguida...

EMB. Vuelve.

GUI. Tuyo es el bolsillo. (*se lo entrega: Antoñuelo abre la puerta y ambos entran.*)

ESCENA IV.

Dichos: luego TIBURON y un francés; despues ANTOÑUELO.

EMB. El corazon quiere saltárseme del pecho! No puedo comprender... Haga el cielo que vuelva pronto ese hombre.

VOCES. Huye, huye, Tiburon.

EMB. Tiburon! Será él? (*Tiburon sale perseguido por un francés; cuando este vá á hacerle fuego el Embozado dispara una pistola y el francés retrocede herido y cae en el bastidor.*)

TIB. Me habeis salvado la vida! Avisadme cuando necesiteis la de Tiburon el marinero.

EMB. El es! Estamos en paz.

TIB. En paz!

EMB. Si; tú salvaste la mia en otro tiempo. Mirame bien! No me conoces, Tiburon?

TIB. No!

EMB. Abrazame.

TIB. Si, por San Telmo!

EMB. Aprieta! Y ahora me conoces? No te acuerdas de una noche en que tu... (*se abre la puerta de la casa.*)

TIB. Oh! serás...

EMB. Calla. Déjame.

TIB. Pero...

EMB. Si; yo soy, mi antiguo camarada. Déjame. (*Antoñuelo sale de la casa y se aleja.*)

TIB. Te volveré á ver?..

EMB. Hasta mañana, Tiburon. (*vase este.*) Eh! buen hombre! (*corriendo.*)

ANT. Quién me llama?

EMB. Una persona que no trae vacios los bolsillos.

ANT. Aqui me teneis.

EMB. Guarda esa moneda y contéstame.

ANT. Preguntadme hasta mañana.

EMB. Cómo se llama la señora que vive en esa casa?

ANT. Doña Maria de la Vega.

EMB. En cuánto tasas tú el valor de la llave que tienes en el bolsillo?

ANT. Y vos, en cuánto la tasais?

EMB. Bien vale esa llave este puñado de oro.

ANT. Tomad la llave. (*dándosela.*)

EMB. Toma el oro. (*dándoselo.*)

ANT. Buena se vá á armar. (*vase corriendo.*)

EMB. Todo lo sabré. (*dirijese á la puerta, mete la llave en la cerradura y cae el telon.*)

FIN DEL CUADRO PRIMERO.

CUADRO SEGUNDO.

UNA REVELACION.

Una sala baja. Por la puerta del fondo se divisa un inmenso jardin sumerjido en la oscuridad. Puertas laterales. Una mesa á la izquierda, un sillón á su lado. Una bujia colocada sobre la mesa alumbrá el teatro.

ESCENA PRIMERA.

PRUDENCIO MEDRANA y DOÑA BARBARA GALLARDO.

BAR. Per es posible que no te irrites al pensar en esto? Oye, Prudencio. Yo quiero que tu seas valiente, que te muestres digno de la esposa que el cielo te ha dado. No siento mas que no haber nacido hombre: ya verian entonces esos picaros franceses lo que era bueno. Pero si todos los españoles fuesen como tú... (*Prudencio que estaba tendido en un sillón se ha dormido y en este momento ronca.*) Condenado, te has dormido? Prudencio? (*gritándole fuertemente al oido.*)

PRU. Eh! qué es eso? Si te estoy oyendo, muger. Decíamos que el honor y el deber... y sobre todo, aquello de... la independenciam!... (*vuelve á quedarse atetargado. Bárbara le grita al oido.*)

BAB. Prudencio! Prudencio!!

PRU. Dios me valga!

BAB. Mira que si llevo á encolerizarme...

PRU. Si tu eres un cólera perpétuo!.. Vamos, qué quieres? (*levantándose.*)

BAB. Quitá, no te acerques á mi, te aborrezco.

PRU. Pero Bárbara.. Voy á darte gusto. Viva la independenciam nacional!.. Mueran los franceses... No es esto lo que quieres? Estás contenta? No dirás que no es valiente tu marido.

BAB. Si, muy valiente... pero esos gritos tienen un eco aqui... en el fondo de mi pecho... que

ya estoy llena de gozo y te permito que me des un abrazo.

PRU. Si, esposa de mi alma. (la abraza.)

BAR. Serás bueno? Tendrás valor?

PRU. Vaya!

BAR. Voy á pedirte un favor, pichoncito mio.

PRU. Habla, paloma mia.

BAR. Mira... quiero que conspires...

PRU. Jesus! Tú estas empecatada! Yo conspirador! (separándose.)

BAR. Pues ya se vé! Conspirar para salvar la patria!..

PRU. O para ser ahorcado, que seria lo mas probable.

BAR. Lo mismo dá! En cumpliendo con el deber... Veo que va á ser necesario que nos divorciemos...

PRU. Divorciarnos!.. Vamos, tu quieres apesadumbrarme!

BAR. Pues conspira!

PRU. Enhorabuena! Conspiraremos aqui los dos solitos. Verás, verás que buenas cosas disponemos... De seguro salvamos la patria como tú dices.

BAR. No se trata de eso, sino de ir á una parte que yo sé, para hacer inscribir tu nombre en la lista de los conjurados.

PRU. Muger, muger!..

BAR. El señor Carlos es uno de esos conjurados. (bajo con misterio.)

PRU. Qué dices?

BAR. Lo que oyes. Desde hace diez dias él y algunos de los gefes de la junta que se formó para impedir la entrada en Málaga de los franceses, se reunen secretamente todas las noches, de la una en adelante en el barrio de la Trinidad, calle de Mármoles, y creo que no esta lejos el dia venturoso en que nos hemos de ver libres de tiranos.

PRU. Pero es eso verdad?

BAR. Tan verdad, como que tú eres un cobarde.

PRU. Y cómo sabes tu esas cosas?

BAR. Oh! los verdaderos patriotas tenemos un olfato privilegiado. Conque á lo que importa. Es preciso que conspires. Lo quiero yo, tu esposa.

PRU. Pues yo, tu esposo, me niego á obedecerte á ti mi esposa.

BAR. Tu eres español?

PRU. Yo soy mayordomo y nada mas, y harto tengo con mis cuentas.

BAR. Bien; nos divorciaremos. Yo no quiero tener á mi lado á un hombre que es menos que una muger.

PRU. Ni yo á una muger que es mas que un hombre.

BAR. Usted debia llevar un trage con faldas.

PRU. Y usted pantalones, y un fusil al hombro.

BAR. Cobarde, mal español.

PRU. Usted me insulta.

BAR. Yo hago lo que me da la gana.

PRU. Cuidadito con la lengua.

BAR. Punto en boca, señor gallina.

PRU. Doña Bárbara Gallardo!!

BAR. Don Prudencio Medrana!!

ESCENA II.

Dichos, DOÑA MARIA y DON CARLOS.

MAR. Qué es eso? Qué significan esas voces?

PRU. No es nada, señora, sino que ..

MAR. Siempre lo mismo. Hace ya algunos dias que no reina un momento de paz entre vosotros. Vamos, decidme, habeis despedido á Antoñuelo?

PRU. Si señora, si.

MAR. Pobre muchacho.

BAR. Era un bribon, señora.

MAR. Retiraos, mis buenos amigos, y no acibareis la dicha que os rodea con disgustos injustificados. Podeis entregaros al reposo. Ya no os necesitamos.

PRU. Conque ya lo oyes, vamos á acostarnos.

BAR. Lo que es esta noche, dormirás solo.

Los dos Buenas noches, señora.

MAR. Hasta mañana, amigos mios.

ESCENA III.

DOÑA MARIA y DON CARLOS.

CAR. Madre mia, cumpleme tu oferta.. Vencida ayer por mis ruegos decidiste hacerme esta noche esa revelacion porque tan largos años he suspirado. Tiempo es ya de que se rasgue el velo misterioso que envuelve mi existencia, tiempo es ya de saber quién fué mi padre.

MAR. Firme era mi resolucion de no revelártelo nunca, pero tus ardientes súplicas, y sobre todo el peligro de muerte en que me he visto en mi última enfermedad, me han decidido á rasgar tu corazon con las palabras de mis labios. Si, hijo mio, ya quebranté el propósito de que nunca supieses que yo era tu madre; quebrantemos aun los mas sagrados. Escucha, pues lo quieres.

CAR. Hablad, hablad, madre mia. Valor hay en mi pecho para todo.

MAR. Yo fui confiada á un anciano y honrado pescador, cuando apenas tenia dos años. Viví á su lado feliz, y en cuanto mi pecho supo sentir y amar, amé á su único hijo. Solo tenia cuatro años mas que yo; era honrado, bueno cual ninguno, valiente; su semblante hermoso, su corazon mas hermoso que su semblante. Fué el primer hombre que vi en el mundo, el único á quien he amado y amaré durante toda mi vida.

CAR. Oh! seguid.

MAR. Aun era yo una niña cuando Fernando rogó á su padre que le permitiera casarse conmigo; el buen anciano que solo habia visto en nuestro cariño un cariño fraternal, se sintió herido por el rayo; nos dijo que habia jurado no disponer de mi hasta que yo tuviese veinte años; y sin detenerse un momento, me separó del lado de su hijo; pero separar dos corazones que se aman, es como unirlos con lazos mas estrechos. Fernando y yo logramos vernos, y nuestro amor inocente hasta entonces, dejó de serlo; y tú viniste á inundarnos de luz y á undirnos en un mar de ansiedad y de zozobras: fué preciso ocultar tu existencia como lo habia sido la de tu madre. En la noche del 26 de octubre de 1796, noche en que el cielo se deplomaba sobre la tierra en torrentes de pedrisco y en raudales de fuego, vi entrar en la cabaña que yo habitaba al padre de Fernando lleno de alegría y de ansiedad, y estrechándome en sus brazos me dijo: ven, tu padre te aguarda en mi cabaña, tu padre que vuelve á hacerte tau-

to bien como mal te habia causado hasta ahora. Los dos nos lanzamos en busca de mi padre; y escucha, escucha, Carlos, y estremécete de horror.

CAR. Calmaos, madre mia!

MAR. Aquel dia habia sido horrible para Fernando y para mi; debiamos una suma muy considerable para nosotros á la mujer á quien estabas confiado, y que despiadada queria abandonarte, cuando eras presa de una enfermedad horrible; ademas, los médicos que se habian visto burlados, no acudian á nuestras voces, y tu muerte era casi segura. Pues bien, ya te he dicho que mi padre se habia quedado esperandome en la cabaña del anciano. Fernando que en todo el dia habia parecido por ella, cuando llegamos, tenia en la mano un cuchillo ensangrentado, y mi padre yacia espirante con el rostro vuelto al suelo. Aquí teneis á vuestra hija, exclamó el anciano al entrar, antes de haber podido reparar en este cuadro. Mi hija, dijo el moribundo, no veo, no puedo verla; y él, él me ha asesinado para robarme, continuó; y alargando al anciano pescador una cartera, lanzó su último suspiro. Asesino, gritamos el anciano y yo á Fernando; y Fernando lanzando un grito que aun resuena en mis oidos y me hiela la sangre, salió corriendo de la choza, subió á lo alto de un peñasco, y en seguida oimos el ruido que hizo su cuerpo al sumergirse en el mar. El anciano y yo caimos de rodillas.

CAR. Basta, madre mia; eso es horrible.

MAR. Abrázame y nuestras lágrimas...

CAR. Yo amo á mi padre, mi corazón me dice que debo amarle.

MAR. Ay Carlos, también le amo yo. Ya puedo confesarlo despues de diez años de dolores y penitencias!

CAR. Ay! somos muy desdichados!

MAR. Se conoce que tu alma no está acostumbrada á la desgracia como la mia. Cálmate y escucha, hijo mio. Aquella cartera contenia papeles en que el conde de Torrefiel, mi padre, me reconocia como á hija suya, y como á su única heredera. Su esposa habia muerto en pais extranjero sin haber sido nunca madre, y él volvia á su patria para hacerme tan feliz como desgraciada habia hecho á la que me dió el ser.

CAR. Mas el apellido que yo llevo..?

MAR. Es el de tu padre. Al mes de tu nacimiento te reconoció como hijo suyo. El cadáver del conde fué conducido á tierra sagrada con el mayor sigilo, y como acababa de llegar de lejanos paises, nadie le conocia, y este es un secreto que solo nosotros hemos penetrado. El anciano pescador sucumbió pronto al peso de los años y de sus pesadumbres. De modo que yo me vi so a contigo en el mundo. Huimos lejos de Málaga, y vivimos en un pequeño pueblo ignorados completamente, á pesar de que nuestras riquezas son inmensas y muy ilustre nuestro titulo. Hace tres meses que me vi precisada á volver á Málaga para arreglar asuntos de que dependia parte de nuestra fortuna: hace uno que has venido á reunirme con tu madre, y cuando iba calmándose la tormenta de mi vida, se despierta en tu pecho el amor á la patria y tomas parte en esa conspiracion con-

tra los franceses. (*el Embozado aparece en la puerta del foro.*) y ni los ruegos de tu madre, ni sus lágrimas, ni su desesperacion, pueden apartarte del sendero de muerte que has pisado. Compadéceme. Soy la mujer mas desgraciada de la tierra. (*se oye un reloj.*)

CAR. Oyes? las diez; déjame; esta noche mas que nunca necesito reunirme con mis amigos! Pensar en mi patria, en la venganza... qué se yo, déjame. Una ansiedad mortal oprime mi corazón. Abrázame, madre mia. Horrible ha sido tu revelacion. Un cuchillo de hielo atraviesa mi corazón! Derrama sobre él tus últimas lágrimas, y que mañana al nacer el sol vuelva á ver tus ojos arrasados en llanto. Tu existencia y la mia estan condenadas á un dolor profundísimo y eterno. Acompañame. No temas; todos estan ya acostados, y sabes que todas las noches salgo conducido por tí sin que nadie me vea. Pobre madre mia!

MAR. Hijo del alma! (*salen por la puerta izquierda del segundo término: doña Maria se lleva la luz.*)

ESCENA IV.

El Embozado, Guillermo, oscuro.

EMB. Una conjuracion, Dios santo! Es preciso buscar un medio para averiguarlo todo. Quién será ese hombre que ha entrado antes que yo en esta casa y que estaba oculto como yo en el jardín..? Entremos en este cuarto, y veamos qué quiere decir esto. (*entra en el cuarto izquierda primer término.*)

GUI. Ya no hay nadie; hace rato me he acercado á esta puerta y he oido hablar. Seria ese mayordomo de que me han hablado. También en el jardín he sentido... pero como la oscuridad es completa, y yo no me atrevi á salir del cenador en que me habia escondido. Ademas, es casi seguro que lo que yo oi fuese el viento que agitaba las ramas. Siento pasos... Será ella... Ocultémonos aqui. (*se dirige al cuarto en que entró el Embozado y halla la puerta cerrada.*) Está cerrada la puerta. Se acercan... entremos en aquel otro cuarto. (*entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA V.

Doña Maria, Guillermo y el Embozado.

MAR. Pobre Carlos! Cuanto ha debido sufrir! Su mano abrasaba, su frente era de fuego. Y ahora esponer su vida... Cuan noble, cuan valiente... Vamos á ver si Dios me concede un poco de reposo.

GUI. (*saliendo.*) Concededme antes, señora, breves instantes de atencion.

MAR. Vos! vos! Oh! dejad que llame á mis criados. (*Guillermo la intercepta el paso*)

GUI. Señora, no me obligueis á emplear la violencia, y escuchad mis disculpas.

MAR. Oh! dejadme! Quién os ha introducido aqui? Sois un infame.

GUI. Señora, fuerza ha sido acudir á los extremos. Vos habeis huido de mi con una tenacidad imponderable. Hace un mes que trabajo desesperadamente para averiguar vuestro paradero, y hoy que he logrado saber que os habiais mudado á estos apartados barrios, sin duda pa-

CUADRO TERCERO.

DELACION.

La misma decoracion del primer cuadro.

ESCENA PRIMERA.

TIBURON, despues el EMBOZADO y GUILLERMO.

ra burlar mis pesquisas, no he querido desaprovechar una ocasion que me ha deparado la fortuna.

MAR. Pero qué os prometeis de semejante pertinacia?

GUI. Ya lo sabeis, señora; os amo y quiero que seais mi esposa.

MAR. Pero no os he dicho mil veces que os detesto?

GUI. Hay hombres, señora, que no saben retroceder en la senda que llegan á pisar una vez. Quiero que seais mi esposa. Muchas veces os he suplicado. Ahora solo me toca imponeros como ley mi voluntad. Ya sabeis quién soy y cuánto puedo.

MAR. Sois Guillermo de Villareal, un hombre tan vil, tan deprabado, tan falto de corazon, que cuando su patria cae en manos de furibundos extranjeros, conspira para su completa ruina, en vez de ayudarla; sois el mercenario asalariado que ha auxiliado la entrada del extranjero en Málaga; sois el comandante de la guardia cívica, el perro favorito del general francés; en fin, sois un hijo que reniega de su madre, un español que no es español, un hombre que no es hombre, sino un esclavo miserable. Esto es lo que sois. No es verdad que estoy enterada perfectamente?

GUI. Señora!

MAR. Podeis, podeis inventar una fábula, ir á depositarla en el oido del general enemigo, y perder á una muger honrada y noble; podeis ser un espia cobarde y calumniador como todos los espías. Esto es lo que podeis. No es verdad que no me he engañado?

GUI. Señora!

MAR. Qué habeis venido á hacer aqui? Con que derecho os habeis introducido en mi casa como un ladron? Oh! Prudencio! Bárbara!

GUI. Callad, callad! Y atended á lo que tengo que deciros.

MAR. Nada quiero escuchar. Vamos. Quereis que tambien os llame mal caballero?

GUI. Señora. Mirad lo que haceis.

MAR. Y vos acabad de comprender que como muger os desprecio, y que os maldigo como española!

GUI. Ah!

(Mordiéndose los labios de rabia se lanza sobre doña Maria, la ase de una muñeca y la arroja al suelo. En este instante sale el Embozado del cuarto en que entró, apaga la luz y el teatro se queda á oscuras; Guillermo herido por la sorpresa, suelta á doña Maria, el Embozado se interpone entre los dos.)

EMB. (á doña Maria.) Huid!

MAR. Ah!

(Dando un grito de sorpresa se aleja al lado opuesto de la escena. El embozado coje fuertemente de un brazo á Guillermo.)

GUI. Vas á morir, seas quien fueres.

(Guillermo va á sacar el sable con la mano que tiene libre, pero el Embozado apoya en su sien la boca de una pistola. Guillermo al sentir el frio del hierro se queda como petrificado.)

EMB. Despacio... Ni una palabra. (se lo lleva hácia la puerta del foro y cae el telon.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO.

TIB. Pues señor, mucho tarda en salir, y lo que es yo no me muevo de aqui hasta que salga. Qué se yo!.. Me ha dado una corazonada.... Y eso que ni por un hermano... Abren la puerta, observemos. (ábrese la puerta, salen Guillermo y el Embozado; este vuelve á cerrar la puerta, y todavia con la pistola en la mano dice á Guillermo.)

EMB. Idos, y dad gracias á Dios por no haberme hecho capaz de cometer un crimen.

GUI. (Oh rabia!) (vase.)

TIB. Hola! Parece que no me habia engañado.

EMB. Tiburon, tú aqui!

TIB. En cuerpo y alma. Cuando te vi entrar en esa casa con tanto misterio, no me dió muy buena espina, y me dije yo á mi mismo. Ese hombre es mi amigo, mi hermano, me acaba de salvar la vida. Bueno será ponernos de espera, no haga el diablo que haya en esa casa alguien que le entre al abordage. Si siento ruido, allá me encajo, aunque sea por entre escollos á toda vela, y aun á riesgo de encallar en un banco de arena; y sino, en todo caso podré proteger la retirada.

EMB. Gracias, mi antiguo camarada, mi hermano.

TIB. Y creo que algo ha habido de lo que yo pensé, porque...

EMB. No nada.

TIB. En fin, ya no hay que temer, y me voy corriendo. No puedes figurarte el sacrificio que he hecho. Con que viento en popa. (va á marcharse corriendo.)

EMB. Pero oye. ¿A dónde vas tan deprisa?

TIB. Oh! No puedo decirlo.

EMB. Como quieras, á Dios.

TIB. Pero mal digo; á ti si puedo decirtelo, porque eres un buen español, no es verdad?

EMB. Puedes dudarlo?

TIB. No, por el palo mayor de un navio de cien cañones. Oye, todas las noches nos reunimos una porcion de los que tenemos mejores ganas á esos señores franchutes de Barrabás, para ver de darles un golpe bueno. Cada gremio ha elegido un representante, y los muchachos me han elegido á mi para que los represente.

EMB. Una conjuracion!

TIB. Cabal.

EMB. A que tambien asiste un jóven que se llama don Carlos Velazquez...

TIB. Cómo, sabes tú?...

EMB. Vamos. Llévame á esa conjuracion.

TIB. Pero...

EMB. Qué te estraña?

TIB. Estrañarme, no tal. Pero en calidad de qué quieres que te presente? Ya no eres un camarada. Y á propósito, dime, cómo has hecho fortuna?

EMB. En tu misma lancha me llevaste á un bergantin que iba á hacerse á la vela para el Perú, y que necesitaba marineros; yo parti en é.

estuvimos perdidos cerca de dos meses, y una buena idea mia comunicada al capitan, nos sacó de aquel negro conflicto. Fui recompensado extraordinariamente. He corrido el mundo entero, y la fortuna no me ha vuelto las espaldas. Conque vamos, vamos. Es preciso, lo oyes? Me importa mas que la vida. Vamos, Tiburon.

TIB. Vamos, aunque en vano procuro comprenderte. Por el camino buscaremos un medio....
EMB. (Carlos! Carlos! Gracias, Dios eterno!)
(vanse.)

ESCENA II.

DOÑA MARIA al balcon, despues GUILLERMO y una compañia de la guardia cívica.

MAR. Se retiran. Qué significa esto? Estoy llena de zozobra y de espanto.

GUI. En vano le vengo siguiendo. Oh! si hubiera dado con él, solo con haber revelado mi nombre á esta compañia de la guardia cívica que se dirigia á este sitio... Pero á dónde irá á parar. Señor Capitan?

CAP. Quién me llama?

GUI. Ah! sois vos, capitan Mendoza?

CAP. Vos aquí, señor comandante, y hace una hora que se ha revuelto toda la ciudad en busca vuestra?

GUI. Pues qué sucede?

CAP. Hace una hora que ha recibido el general francés un aviso secreto de que en el barrio de la Trinidad, calle de Mármoles, se reunen todas las noches personas sospechosas, y que es casi seguro que se trama una conspiracion.

MAR. Virgen santa!

CAP. Se os ha buscado, y no habiendo sido posible hallaros, se me ha encomendado esta empresa.

GUI. Pero no se sabe en qué casa?...

CAP. Es preciso buscarla, solo se sabe la calle. (doña Maria se ha retirado del balcon un momento antes.)

GUI. Vamos, iré con vos. Necesito saciar mi cólera!

CAP. Marchen. (vanse: pausa. Un fuerte aguacero azota la calle: doña Maria sale casi delirante de su casa.)

MAR. Mi hijo! Mi hijo! Por allí han ido, yo por aquí. Dios mio, que llegue á tiempo. (vase corriendo por distinta calle que los anteriores. Un reló da la una.)

FIN DEL TERCER CUADRO.

CUADRO CUARTO.

UNA CONJURACION.

Una sala: en el fondo una gran puerta: puertas laterales: en medio del teatro una gran mesa rodeada de sillones; bancos el rededor de la escena: sobre la mesa arden dos bugias.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO TELLEZ, CARLOS, y otros tres personajes estan sentados al rededor de la mesa. Los bancos estan ocupados por conjurados de todas edades y condiciones. PRUDENCIO MEDRANA ocupa la punta del banco de la derecha, mas cercano al proscenio, TIBURON en la de la izquierda.

(En el momento en que se levanta el telon, el Desconocido tiene tendida su mano derecha sobre un crucifijo que hay encima de la mesa. Todos los presentes estan de pié y con la cabeza descubierta.)

DES. Si juro! (todos se cubren y se sientan escepto el Desconocido.)

ALV. He aquí, señores, un nuevo compañero. Firmad. (el Desconocido firma el papel que le presenta don Alvaro.)

DES. Mañana mismo tendreis en vuestro poder la suma con que me he obligado á contribuir para el mejor éxito de nuestra empresa.

ALV. Está bien. Podeis tomar asiento entre vuestros hermanos. Ya lo veis, valiente Tiburon, vuestro recomendado queda admitido en el gremio de los defensores de la independencia de España.

TIB. Ya os lo he dicho; con mi cabeza respondo de su lealtad. Y ya sabeis quien es Tiburon.

ALV. Lo sabemos!

PRU. (Ahora me tocará á mi. Jesus me valga!)

ALV. Don Prudencio Medrana!

PRU. Presente. (levantándose y temblando.)

ALV. Este hombre ha venido con vos? (á Carlos.)

CAR. Si, señor don Alvaro, y yo respondo de él.

ALV. Acercaos!

PRU. Qué decis, señor?

ALV. Que os acerqueis.

PRU. Ah! si señor, con mil amores.

ALV. Jurad sobre esta santa imágen, no revelar á nadie lo que aquí veais y oigais?

PRU. Lo juro.

ALV. Jurais ademas, ser fiel, leal y dar por la patria hasta la última gota de vuestra sangre?

PRU. Si juro.

CAR. Yo respondo de todo lo demas, don Alvaro!

ALV. Enhorabuena. Sentaos.

PRU. (Huf! Estoy sudando. Vaya un juramento! La última gota de la sangre, como si ahí tuviese uno la sangre...)

ALV. Enteraos de las disposiciones últimamente tomadas. (entrega un papel á los demas que rodean la mesa.)

PRU. (Nada: fué preciso esperar en la calle lo salida del señorito Carlos para rogarle que me condujese aquí, diciéndole que queria ser libre ó morir. El buen señor se lo creyó, y heme aquí. Oh! Bárbara! Oh! Bárbara, esposa mia! Y si no vengo, me saca los ojos y la pierdo para siempre. Qué diablo! A lo hecho, pecho.)

DES. En que piensas, Tiburon?

TIB. Me has contado tu horrible historia, y me preguntas en qué pienso? si vieras qué proyecto he concebido...

DES. Cómo?..

TIB. Señores! es preciso decidirse á dar el golpe que ha de romper nuestras cadenas de esclavos, ó hundirnos en la tumba de los mártires de la independencia. De un momento á otro pueden ser descubiertos nuestros planes por el infame Guillermo Villareal, y entonces seria fuerza morir con las manos ligadas y abatida la cabeza. Si, amigos míos, demos el grito hermoso, y el cielo quizá corone nuestro valor y nuestra osadia.

UN CON. Bien decis. Nuestra existencia equivale á una muerte lenta y congajosa. Si es preciso, muramos de una vez.

PRU. (Y á mi que me iba tan bien!)

ALV. Anoche ofrecisteis cada cual darnos cuenta del resultado de vuestros trabajos.

UN CON. La juventud de Málaga está pronta á verter su sangre por la justa causa que defendemos. (se levanta y deja un papel encima de la mesa.)

OTRO. El comercio entero aguarda ansioso el instante de luchar por el bien comun.

OTRO. Qué diré yo del pueblo? (pone otro papel sobre la mesa.) Nada. El pueblo quiere siempre ser libre.

TIB. Doscientos marineros, de los cuales el mas cobarde vale por mil franceses, se levantarán como una ola, y de seguro harán naufragar á sus malditos opresores.

ALV. Si, este es el espiritu del pueblo todo. Bien lo sabemos. Una chispa bastará para hacer estallar un volcan espantoso. Por nuestra parte os diremos que ya obra en nuestro poder una suma considerable de dinero. En varias de las casas de nuestros mas seguros amigos, se ocultan centenares de armas.

CAR. Mirad á España entera empeñada en una guerra sangrienta y desesperada. Napoleon, ese gigante de los siglos, se halla en su momento supremo. Los desastres de la Rusia, la aglomeracion de fuerzas con que la Europa entera le amenaza, todo nos favorece. Además, si nuestra primera tentativa fuese sofocada por los extranjeros, nuestra sangre engendraría mil y mil bravos que darian cima á la empresa comenzada por nosotros. Y por qué no nos hemos de prometer un término feliz? No hay valor en nuestros pechos? Puede Dios desamparar la causa del hijo que defiende á su madre? No; y si alguna vez, su infinita voluntad sumerge á un pueblo en las tinieblas de la esclavitud, es para que luego brille mas pura y mas hermosa la luz de la libertad.

DES. Carlos! Carlos! (levántase sin poder contenerse.)

ALV. Qué significa?..

DES. Nada, nada, señores. Sabia el nombre de ese joven, y mis labios le han pronunciado con entusiasmo. Seguid, noble jóven, seguid. Yo tambien pienso como vos. Es hermosa, es grande, es santa la independencia de un pueblo, y luchar por ella, es ser honrado, es ser hombre!

ALV. Esta noche debe tener lugar nuestra última reunion. Ya se os avisará á vuestras casas donde habeis de ir á recoger las armas para el pueblo, y el dia en que debe tener lugar el alzamiento. Ya sabeis la forma que hemos convenido. Ahora retirémonos y nada tenemos que temer.

ESCENA II.

Dichos, un CONSPIRADOR, luego DOÑA MARIA.

CONS. Hemos sentido dar fuertes golpes á la puerta, nos hemos asomado por el agujero de la cerradura, y hemos visto á una mujer que desencajada y temblorosa nos ha gritado que se llama doña Maria de la Vega, y que viene á salvarnos.

CAR. Mi madre! Oh!

MAR. (dentro.) ¡Dejadme, dejadme.

ALV. Que entre al momento. (sale el Conjurado y Carlos se adelanta á buscar á su madre.) Cielos! Qué significará esto? (rúmorez prolongados.)

PRU. (Virgen del Tremedal!)

MAR. Ha sido descubierta vuestra reunion; un tropel de soldados viene en vuestra busca con el mayor sigilo... Salvaos... salvaos... No puedo mas. (se deja caer desmayada.)

ALV. Señores, no hay nada perdido. Ya sabeis que esta casa tiene una puerta secreta que dá á diferente calle. Seguidme.

PRU. (Nada, me ahorcan!)

(Salen todos detrás de don Alvaro, excepto el Desconocido y Tiburon, Carlos y doña Maria; aquel se acerca á esta; oyense golpes á la puerta de la calle.)

CAR. Ven, madre mia, ven, huyamos! Cielos! Desmayada! (redoblan los golpes.)

DES. Oh! fatalidad!

TIB. Dejad, entre mis brazos...

CAR. Ya no es tiempo.

TIB. Ven...

DES. No.

TIB. Y si nos prenden á nosotros tambien, quien le salvará?

DES. Ah! vanse por donde salieron los demas.)

CAR. Oh! Dios mio! Toma mi vida, pero salva la suya!

ESCENA III.

Dichos, GUILLERMO y soldados.

GUI. Apoderaos de ese hombre (los soldados le obedecen.) Registrad toda la casa. (una porcion de soldados entran por todas las puertas.) Llévalle. (á los que han aprisionado á Carlos.)

CAR. Oh! no, no, dejadme.

GUI. Acabareis? (los soldados arrastran á Carlos fuera de la escena.)

CAR. Santos del cielo!

GUI. Si, aqui se han reunido sin duda alguna... Pero por dónde se habrán escapado? Y esa muger que ni siquiera se mueve. Sin duda se habrá desmayado con el susto. Tambien nos la llevaremos para ver si declara algo de provecho. (vuelven los soldados.)

CAP. A nadie hemos hallado, y ya lo veis, esa mesa... estos bancos indican... ¿Y qué hacemos de esa muger?

GUI. Qué veo!

CAP. La conoceis por ventura?..

GUI. Capitan, recorred las calles vecinas con la mitad de la fuerza, llevandos con vos el prisionero, y que la otra mitad esté pronta á mi primer llamamiento.

CAP. Sereis obedecido. (sale con los soldados.)

ESCENA IV.

GUILLERMO, DOÑA MARIA.

GUI. Aqui esta mujer! En vano será que procure comprender...

MAR. Ay! Qué es esto que me ha sucedido? Dónde me encuentro? Ah! sí, sí, me acuerdo! Carlos! Carlos! (se vuelve para correr hácia el fondo y retrocede espantada dando un grito.) Tú lo sabrás, infame. Dónde está Carlos? (en seguida se repone y cayendo como una fiera sobre Guillermo, le ase por la solapa.)

GUI. Es por ventura ese Carlos de que me hablais el joven que estaba junto á vos?

MAR. Si; ese.

GUI. Pues bien, ese está en manos de mis soldados, que le conducen á una prision, para que sea juzgado despues.

MAR. Ah! piedad! *(cayendo à sus plantas.)*
 GUI. Vos à mis plantas! No sabeis que soy un mal caballero?
 MAR. Oh! no! Tened compasion ahora de una muger que se arrastra à vuestros pies, que llora, que se desespera.
 GUI. Cuando ablandaron las lágrimas el corazon de un espía?
 MAR. Salvad à ese joven desdichado. Pensad que le entregais à la venganza del francés, que nunca perdona, y cuando su patria es tambien la vuestra.
 GUI. Si; pero yo soy un mal español. Lo habeis olvidado, señora?
 MAR. Ah! sois implacable!
 GUI. Levantaos.
 MAR. No, no; antes que levantarme sin que me hayais concedido su perdon, dejaré de existir à vuestros pies.
 GUI. Ya sabeis, señora, que necesito vengarme.
 MAR. Ah!
 GUI. Y decidme. ¿Quién es ese joven por quien tanto os interesais?
 MAR. (Oh! no, nunca llegue à saberlo. Entonces si que llevaria à cabo su venganza.)
 GUI. No me respondeis? Quedad con Dios, señora.
 MAR. Oh! no os vayais asi. (Qué haré, Dios santo, qué haré?) Pero, no hay nada que os conmueva?
 GUI. Señora... *(queriendo retirarse.)*
 MAR. Oh! miserable de mi. Escuchadme por el Dios que está en el cielo. Deteneos.... no sé deciros una palabra.... Salvadle, salvadle!
 GUI. Bien: veamos cómo pensais pagarme ese servicio
 MAR. Mirad; puedo daros oro, tanto oro que aventajais à los mas poderosos de esta ciudad.
 GUI. Reflexionad con qué otra cosa podeis pagarme.
 MAR. Tambien es vuestra mi sangre, mi vida, tomada en este momento.
 GUI. Y nada mas?
 MAR. Qué quereis? Hablad, por compasion. Sufro horriblemente. Qué quereis?
 GUI. Vuestra mano. *(doña Maria que habia vuelto à caer de rodillas se levanta súbitamente y dice llena de fiereza y dignidad.)*
 MAR. Nunca!
 GUI. Quedad con Dios, señora. *(vase.)*
 MAR. Oh! mi hijo! mi hijo! *(cayendo sin sentido.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO QUINTO.

UN CONSEJO DE GUERRA.

Sala en casa de don Guillermo. Mesa grande à la izquierda, puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, criados.

GUI. *(toca una campanilla y salen dos criados.)* Co-

locad esos sillones al rededor de esta mesa. Son las once, y dentro de una hora se reunirá el consejo de guerra que ha de sentenciar al preso. Con qué impaciencia aguardo este instante. Decidme, ha llegado ya la guardia que hoy ha de custodiar esta casa?

CRIA. Si señor.

GUI. Pues di al oficial que haga que se coloque un centinela en esa puerta. *(vanse.)* Todo va bien. Y creo que veré hoy realizado mi propósito. Y no se diga que mi proceder es infame. Yo tengo la conviccion de que ese hombre conspira, y condenarle es mi deber. Si por este medio consigo que esa hermosa y opulenta muger me conceda su mano, este no será mas que un favor de la suerte. No hay duda, mi plan está bien concebido, y es casi seguro que dentro de breves horas haya dado el resultado que me prometo. El general francés que se somete à cuanto yo quiero, creyendo que todos mis desvelos nacen de un entusiasmo en pró de la Francia, me ha otorgado la gracia de presidir el consejo de guerra que ha de sentenciar à ese Carlos, por quien con tan imponderable afan se interesa la Condesa de Torreñiel; y ó mucho me engaño, ó logro que esa muger consienta en ser mi esposa, y entonces mias son sus inmensas riquezas, y entonces en vez de Guillermo, me llamaré el Conde de Torreñiel, y he aqui mis sueños realizados. La esperanza sola de alcanzarlo, hace que me agite en un gozo frenético, y que se estremezca todo mi ser: ¿quién me lo habia de decir cuando despues de haber jugado la herencia de mis padres, me hallaba sumergido en la miseria? Oh! que dias tan horrosos. Y luego dicen que una mala accion no puede producir bien. ¿Cuál fué el principio de mi nueva fortuna? A pesar mio, el recuerdo de aquel asesinato me atormenta todavia. Pero si volviera à verme en aquel estado de pobreza y de oprobio, y la casualidad volviera à ofrecerme una ocasion semejante, creo que mi mano no vacilaria... Fué la noche del 14 de octubre de 1796... si... bien me acuerdo... dejemos esto: afuera, afuera ideas pueriles de dolor, y busquemos los medios para no llegar otra vez à hundirme en la miseria; y para no cometer otra vez... Para qué está uno en el mundo?.. Para vivir, pues vivamos. Ese Carlos será sin duda el amante de doña Maria. No importa. La muger que se llame mi esposa, no faltará nunca à sus deberes. *(un cabo coloca à un centinela à la puerta de entrada.)*

ESCENA II.

GUILLERMO, EL CENTINELA.

GUI. Ah! eres tú, acércate. No pienses que he olvidado que te debo la vida.

CEN. Sois muy bondadoso, señor. Cualquiera otro en mi lugar hubiera obrado como yo. Salgo antes de ayer de mi casa, y à penas habia entrado en la plaza de la Merced, cuando veo un caballo desbocado que iba à dar en el suelo con el ginete que ya habia perdido los estribos; corro à él, logro sujetarle y os ayudo à desmontaros. Vos me ofreceis una gracia, yo os pido entrar en la guardia civica de que sois

comandante, me lo concedéis, y heme aquí. Puede ser mas natural mi modo de obrar? Y además, si algo hice, también vos me concedisteis lo que os pedí!

GUI. Bien dices: pero tú me salvastes del ridículo y del gravísimo riesgo de una caída, como hubiera sido la de aquel maldito caballo. Y qué tal te va con tu nuevo oficio?

CEN. A las mil maravillas, señor. Era una vocación decidida

GUI. Siento ruido. Ocupa tu puesto. (*obedece.*)

ESCENA III.

Dichos, un soldado, PRUDENCIO.

SOL. Entra, y ahora te explicarás...

PRU. Bien haría el señor guardia civil en ser un poco mas civil.

SOL. Vamos. (*empujándole.*)

PRU. Eh! que me vais á romper una pierna.

GUI. Qué es eso?

SOL. Hemos hallado este hombre á caballo á seis leguas distante de la ciudad, y habiéndonos parecido sospechoso, le hemos pedido su pasaporte; lleno de turbación ha contestado que se le había perdido, y le traemos á vuestra presencia.

GUI. Está bien: me enteraré, y daré parte al Gobernador. (*se va el criado.*)

PRU. (Ahora si que me ahorcan.)

GUI. Quién eres?

PRU. Un inocente, un hombre de bien.

GUI. Y que ibas á hacer fuera de la ciudad?

PRU. Oh! (*Prudencio vuelve la cabeza y reconoce al centinela.*)

CEN. Calla ó te mato.

GUI. No respondes?

PRU. Si señor, si... conque decíamos...

GUI. Te estás burlando?

PRU. Yo! Dios me libre! Vaya una idea...

GUI. Qué ibas á hacer fuera de la ciudad?

PRU. Iba... iba... no lo adivináis?... A pasearme.

GUI. No te podías pasear dentro de ella?

PRU. Seguramente que si, pero es el caso, señor, que á mi me hace mucho provecho el aire del campo.

GUI. Y cómo te llamas?

PRU. De caza... precisamente... Soy muy aficionado á la caza. Y ya veis... Conque, me retiro. No quiero seros mas molesto. (*va á retirarse.*)

GUI. Eh! á dónde vais?

PRU. Nada, nada. No hay que enfadarse. Aquí me teneis otra vez.

GUI. (Es un pobre hombre está temblando como un azogado. Carlos se negará quizás á confesar su culpa; y como en aquella casa no se han hallado pruebas ningunas contra él... un testigo activaría mucho el resultado del juicio. Metámos miedo á este idiota.) Conque te habías alejado seis leguas de la ciudad? No sabes que está prohibido salir de ella sin un pasaporte?

PRU. Lo ignoraba completamente.

GUI. Te he preguntado tu nombre.

PRU. Me llamo Prudencio Medrana.

GUI. Prudencio Medrana... yo he visto ese nombre escrito en una lista de personas sospechosas que me entregaron hace poco.

PRU. Imposible! Estoy seguro de que leisteis mal.

GUI. No me cabe duda. Y estaba señalado con una cruz al margen.

PRU. (Todos los santos de la corte celestial sean conmigo! Una cruz! No hay duda, esto es que me quieren crucificar!)

GUI. No os llamais Prudencio Medrana?

PRU. Cualquiera diría que ese es mi nombre. Pero quizás no lo sea. Y además, os lo digo en confianza, conozco mas de cincuenta que se llaman lo mismo que yo.

GUI. Tú has conspirado contra los franceses.

PRU. Ca! Ni por pienso!

GUI. Y huías porque ha sido descubierta esa conspiración.

PRU. (Vaya, han decidido matarme de un susto.)

GUI. En fin, yo te entregaré al Gobernador, y él decidirá lo que se ha de hacer contigo.

PRU. Y qué creéis que decidirá?

GUI. Te mandará fusilar, y es lo mas sencillo.

PRU. Santa Bárbara! Y qué es lo mas duplicado? Fusilarle á uno dos veces?

GUI. Basta; mandaré que os conduzcan... (*al foro.*)

PRU. Señor, señor, puesto que todo lo sabeis, tened piedad de mi. (*cayendo de rodillas.*)

GUI. Conque estaba diciendo la verdad?

PRU. Pero os juro que la noche que fué asaltada aquella maldita casa, era la primera que yo acudía á semejante sitio, obligado por un demonio con faldas que se ha propuesto acabar conmigo. Perdon, perdon! Yo no soy capaz de conspirar contra nadie. No mancheis vuestras manos en la sangre de un inocente cordero.

GUI. Bien; ofrezco perdonarte, pero con una condición.

PRU. Hablad, hablad.

GUI. Retirate por un momento. (*al centinela.*)

CEN. Qué le irá á decir? (*desaparece foro.*)

GUI. Escucha; dentro de poco se celebrará en esta misma sala un consejo de guerra para sentenciar á don Carlos Velazquez.

PRU. Como! Don Carlos Velazquez.

GUI. Le conoces por supuesto. Es un conspirador. Pues bien, sirve de testigo. Reconócele como á uno de los gefes de la revolucion que iba á estallar, y eres libre.

PRU. (Esto es peor que todo.)

GUI. Me entiendes?

PRU. Os entiendo, si, pero...

GUI. Libre ó ahorcado. Elije.

(*Entran los oficiales, Guillermo va á recibirlos, y les hace tomar asiento al rededor de la mesa. El centinela vuelve á aparecer y presta atención á lo que dice Prudencio.*)

PRU. Ahorcado! Primero yo! Y lo cierto es que él conspira!.. Nada, nada, hablaré!..

CEN. (*acercándose á él y echando mano á la empuñadura del sable.*) (Si dices una palabra que pueda perjudicar á Carlos, eres muerto.)

PRU. (Virgen santa! Ahorcado si me callo... acuchillado si digo una sola palabra! Si cojera ahora entre mis manos á mi muger!!)

ESCENA IV.

Dichos, un criado, luego CARLOS y soldados que se retiran en cuanto le dejan en presencia del consejo.

GUI. El acusado ha sido ya conducido aquí de su prision, y al punto va á comparecer ante vuestra presencia. (*al criado que sale.*) Que venga el prisionero. (*vase el criado.*) Espero, señores, que el acusado sufrirá el mismo castigo que

- ya sufrieron tantos otros por el mismo crimen.
- CEN. No confeseis nada. (*á Carlos que entra.*)
- CAR. Quién será este hombre?
- PRU. Ahora es ella.
- GUI. Acercaos. Estais acusado de conspirar contra nuestro rey y señor José primero.
- CAR. José primero será rey de quien quiera reconocerle como tal.
- GUI. Conque no rechazais la acusacion que pesa sobre vos?
- CAR. No reconozco en vos derecho para interrogarme.
- GUI. Ved que estais dictando vuestra sentencia.
- CAR. Os advierto que vais á hablar con muy poco fruto.
- PRU. Estoy tiritando de frio.
- OFI. Responded á las preguntas que se os hagan, y temed que se agote nuestra paciencia.
- GUI. Por última vez: ¿habeis conspirado? Otros hablarán por vos. (*Carlos permanece silencioso cruzando los brazos.*) Acercaos. (*á Prudencio.*)
- CAR. Prudencio!
- GUI. Repetid al consejo lo que á mi me habeis dicho hace poco. Es uno de sus cómplices, que todo me lo ha confesado. Hablad sin temor.
- PRU. (Mi pobrecito amo, y luego ese cancerbero... y por otra parte ese dromedario. Debo sudar la gota tan gorda.)
- GUI. Ya os escuchamos.
- PRU. (Y qué digo yo? Me ahorcan, no hay remedio.)
- GUI. Quereis hablar, ó no?.. (*furioso.*)
- PRU. Si, señor, si... conque... habeis de saber... que... y como ibamos diciendo... (*Válgame san Pedro.*)
- GUI. Vamos, continuad.
- PRU. No, si no tengo que revelar ningun otro secreto á estos señores.
- GUI. Estais loco! Conoceis al acusado?
- PRU. Si, le conozco!
- GUI. Le conoce.
- PRU. Quiero decir, le conozco de vista...
- GUI. Segun me habeis dicho es gefe de una conspiracion en que vos habeis tomado parte.
- PRU. Efectivamente, si... Es decir, no... el caso es que yo no estoy muy seguro.
- GUI. Como!..
- PRU. Me ahogo!!
- GUI. Será preciso ahorcaros para haceros hablar?
- PRU. Ahorcarme! Oh! no! no: todo lo que habeis dicho es cierto!
- GUI. Ya lo ois. Y estais pronto á...
- CAR. Cesad de atormentar á ese hombre. Harto bien lo comprendo todo. Qué quereis que os diga? Que prefiero la muerte á la esclavitud, que el español que no lucha es un cobarde, y que el que se convierte en francés, es un reptil miserable? Pues bien: ya lo ois. Antes queria arrojar el guante á la Francia entera; ahora todavia puedo arrojároslo á vosotros á la cara. (*tira un guante sobre la mesa.*)
- GUI. Este hombre ha perdido el juicio. Nos desafia cuando va á ser condenado!
- CAR. Ha! teneis razon, habia olvidado que sois unos cobardes.
- GUI. El acusado confiesa su crimen, y fuerza es cumplir con nuestro deber, por muy penoso que nos sea. Todo conspirador debe ser pasado por las armas; qué decidis, señores?
- OFI. 1.º Que sea condenado á la pena de muerte.
- CAR. Es toda la gloria que yo podia apetecer.
- GUI. El consejo ha terminado. Vamos, señores, á dar cuenta de nuestro juicio al general francés. Entrad en ese cuarto.
- CAR. No quiero obedeceros. Mandad á vuestros soldados que me arrastren á él.
- GUI. Conducid al sentenciado á ese aposento. (*al centinela que coje á Carlos por el brazo y le dice al oido.*)
- CEN. Entrad por Dios.
- CAR. No comprendo... (*Carlos entra en el cuarto de la izquierda. Guillermo echa la llave que se guarda en el bolsillo.*)
- GUI. Ola! (*á los soldados que entran.*) Señor oficial. Haced que se coloquen centinelas en todas las puertas que es necesario atravesar para llegar á la calle, y no se dejará salir á nadie que no presente un pase firmado por mi. (No quiero que ese hombre salga todavia de mi casa.)
- PRU. Señor, acordaos de lo que me habeis prometido. Por Dios, señor:
- GUI. Que diablos. Este perillan no sirve mas que de estorbo. (*se acerca á la mesa, escribe un papel y se lo da.*) Vamos, señores. (*sale seguido de los oficiales.*)

ESCENA VI.

EL CENTINELA en la puerta del fondo, PRUDENCIO.

- PRU. No me he librado de mala. Jesus! Y don Carlos! Pobrecito. En fin, yo no he podido hacer mas... Aguardemos á que esa cuadrilla de demonios esté en la calle, y entonces... volando, volando. (*se asoma á la ventana. El centinela abandona el puesto, viene á colocarse detrás de él para mirar tambien á la calle.*) Ya salen... Ya se alejan... Ah!
- CEN. Dadme ese pase y vuestra capa. (*se vuelve precipitadamente, pero se halla con el centinela.*)
- PRU. Como!.. Qué decis?
- CEN. Salvad á ese joven...
- PRU. Yo salvador, y por poco soy crucificado... Dejadme, dejadme.
- CEN. No deis ni un solo paso. Ya sabeis que él es una de las personas mas influyentes en esa conspiracion á que vos perteneceis.
- PRU. Y vos.
- CEN. La muerte de ese joven seria una calamidad, en tanto que la vuestra no importa nada.
- PRU. A vos no os importa nada: pero á mi me importa muchisimo.
- CEN. Acordaos de que habeis jurado derramar vuestra sangre por la patria.
- PRU. Qué patria, ni que niño muerto! Dale con la patria! Sabed que ya estoy yo harto de tener patria... y que por salvar la pelleja me haria... no digo yo francés, sino... ruso, chino.
- CEN. Dadme ese pase y vuestra capa. (*cerrando la puerta del foro.*)
- PRU. Qué haceis? (*descerraja la puerta del cuarto en donde se halla Carlos con la punta de la bayoneta.*)
- CEN. Silencio! Y cuidado con moveros. Es preciso que Carlos se salve.
- PRU. Es decir, es preciso que á mi me fusilen.
- CEN. Oh! Carlos me ayuda desde dentro. Nadie os obligó á conspirar con nosotros.

PRU. Oh! si, el reinoceronte de mi muger. Si al menos pudiese darla la recompensa antes de morir.

CEN. Va á ceder la cerradura. Entrad en ese cuarto. (amenazando á Prudencio con la bayoneta.)

PRU. Pero...

CEN. Entrad, ó entonces si que no os queda esperanza ninguna. (Prudencio entra en el cuarto derecha obligado por el centinela que vuelve á salir con su pase y su capa, y cierra la puerta al mismo tiempo que se abre con violencia, la del cuarto de Carlos y este aparece.) Tomad esta capa y ese pase, huid.

CAR. Pero quién sois vos que me haceis este beneficio?

CEN. No me conocéis?

CAR. Ah! callad!.. Sois uno de nuestros amigos. Mas ese traje...

CEN. Disfrazado con él puedo salvaros...

CAR. Gracias, amigo mio. Y Dios os premie todo el bien que haceis á mi pobre madre. (se pone la capa ayudado por el centinela y toma el pase que este le presenta.)

CEN. Embozaos bien. Y en cuanto os veais fuera de esta casa, huid de la ciudad.

CAR. A Dios, amigo mio. (vase.)

CEN. No le abandones, Dios eterno! Si será reconocido?

Voz. (dentro.) Atrás!

CEN. Ay! (dando un grito sin poder contenerse.)

CAR. (dentro.) He aqui mi pase. (momentos de silencio.)

CEN. Oh! respiro... Mas aun le quedan dos puertas que atravesar. El corazon me golpea el pecho de una manera horrible! Valor, valor. (se asoma á la ventana, al cabo de un rato dá un grito de alegría.) Libre!

PRU. Y yo ahorcado! (sacando la cabeza por entre las hojas de la puerta.)

CEN. No os aflijais. Yo procuraré salvaros. Entretanto, entrad en este otro cuarto.

PRU. Si, ya todo lo que querais. (entra en el cuarto indicado por el centinela.)

CEN. Bien sabia yo que asi podría prestarle ayuda. Oh! siento ruido. A mi puesto! (se coloca de centinela á la puerta del foro, entra un cabo y un soldado y le relevan.)

CEN. Maldito relevo. Corramos en busca de Tiburon. (sale con el cabo, y otro soldado queda de centinela.)

ESCENA VI.

DOÑA MARIA y un criado.

CRIA. (por el lado opuesto del foro aparecen estos personajes.) Mi señor me ha dicho al salir, que si alguien venia en busca suya, le aguardase en esta sala. (vase.)

MAR. Dios eterno! Aqui habrá tenido lugar ese consejo de guerra. Acabo de saberlo. Y no hay duda, habrán sentenciado al hijo de mis entrañas. Oh! perderle! No. Nunca. Esto no es posible, porque seria preciso dudar de que hay un Dios en el cielo. Esa mesa... esos sillones... Su muerte! Oh! que venga ese hombre, que venga ese malvado y que me pida la existencia.....

GUI. Retirate. (al centinela que obedece.)

MAR. Ah!

GUI. Señora...

MAR. No es verdad que no habeis condenado á ese joven? No es verdad que por la primera vez habeis sentido latir un corazon en vuestro pecho? No es verdad que yo no debo maldeciros?

GUI. Venis á rogarme que sea vuestro esposo?

MAR. Oh! contestadme, contestadme en el nombre del cielo.

GUI. Pero no veis que ese afan me irrita y envenena mi sangre? No sabeis que tengo celos?

MAR. Inicuo! respondedme y no me hagais morir tantas veces..

GUI. Leed. (le da un papel.)

MAR. Ay! si, seré vuestra esposa!! (Que importa que yo muera si él se salva.)

GUI. Hoy mismo?

MAR. Cuando querais. Su sentencia de muerte! Oh! si, mi vida, todo, pero salvadle.

GUI. Le salvaré despues que seais mi esposa.

MAR. Ahora mismo.

GUI. No.

MAR. A muerte! (Guillermo se sienta con sangre fria, doña Maria se dirige al foro, pero al llegar á la puerta se detiene.) Bien: despues. Pero juradme sobre estos santos Evangelios, que le dareis la libertad en cuanto yo os dé mi mano.

GUI. Os lo juro. No perdamos un instante. Aqui todos me obedecen, y el oro vence todos los obstáculos. Quiero que muy pronto os llameis mi esposa. (Y mañana me llamaré el Conde de Torreñel.)

MAR. (Si, esta noche mi hijo estará libre, y yo muerta.)

GUI. Ola: (sale un criado: Guillermo le habla en voz baja.) toma esta llave; entrégasela al capitán de la guardia, y mándale de mi parte que con ella abra ese cuarto y conduzca con el mayor cuidado á las prisiones al hombre que hallará en él. (vase el criado.)

MAR. Qué le habeis dicho á ese hombre?

GUI. Nada, señora. Disposiciones relativas á nuestro casamiento. Vamos.

MAR. Vamos, y asi no os perdone Dios ni una sola de las angustias que me habeis hecho padecer.

GUI. Aun es tiempo de retroceder, señora.

MAR. Seré vuestra esposa!

ESCENA ULTIMA.

EL CAPITAN, el criado, cuatro soldados y PRUDENCIO. Sale el capitán seguido del criado y los cuatro soldados. El primero trae la llave en la mano; la mete en la cerradura y abre la puerta con el empuje.

CAP. Para que te han dado la llave si la puerta no está cerrada... Se habrá escapado el preso... Ah! no. Salid. (sale Prudencio, y los cuatro soldados le rodean en seguida.)

PRU. Es preciso morir! (sale entre los cuatro soldados precedido del capitán y seguido del criado.)

FIN DEL CUADRO QUINTO.

CUADRO SESTO.

UN CASAMIENTO.

El teatro representa una plaza: encima de una puerta de la izquierda se lee: Escribania de don Roque Largo á la derecha una Iglesia.

:

ESCENA PRIMERA.

'EL SOLDADO que estaba de centinela, TIBURON.

SOL. Si, Tiburon: la suerte me ha protegido y ya Carlos estará muy lejos de aquí. La idea de entrar á servir en la guardia cívica para poder velar por él mas de cerca, ha producido maravillas. Ahora te toca á ti hablar. Esplicame tus exclamaciones al revelarte mi secreto, y esa prenda que decias tener en tu poder y que quizá pudiera servirnos de algo.

TIB. Escucha: en aquella noche del 14 de octubre de 1796, estaba yo á la orilla del mar recomponiendo mi barquilla, y enfrente de tu cabaña; cuando vi salir de ella un hombre desconocido precipitadamente, atravesó por muy cerca de mi, y aquella cara de mar alborotado se me quedó impresa en la imaginacion; seguí en mi faena y casi me olvidé del todo de aquel insignificante accidente. Al cabo de un gran rato vi caer al mar el cuerpo de un hombre. Tiburon habia nacido en el agua, tenia un corazon de marino honrado, y quiso salvar á un infeliz. Te saqué de entre las olas, y cuando volviste en ti, te arrojaste en mis brazos, me exigiste que te condujera á un buque que se iba á hacer á la vela para el Perú, y que solemnemente te jurára no revelar á mortal alguno lo que entre nosotros habia pasado. El buque te arrastró lejos de tu patria, y mi juramento no ha sido quebrantado nunca. A los diez dias de estos sucesos, yendo yo por la plaza de la Merced, vi atravesar por cerca de mi un hombre en que creí reconocer al mismo que habia visto salir precipitadamente de tu cabaña aquella horrible noche. Algo se le cayó á este hombre al suelo; despues de algunos momentos de meditacion, bajéme á recojerlo, y me hallé con esta cartera; quise devolvérsele, pero ya habia desaparecido. Al fin te vuelvo á encontrar y de un modo un poco extraordinario. Entraste en aquella casa que despues de veinte dias de tu llegada á Málaga habias logrado saber era la que ella habitaba, despues nos dirigimos juntos á una conjuracion y por el camino me revelaste tu secreto. Entonces recordé todo lo que habia visto aquella noche y que en esta cartera habia encontrado un papel cerrado en forma de carta, lleno de garrapatos desconocidos para mi. Vine ayer á casa del escribano D. Roque Largo, hombre muy sabio, muy honrado y muy español; solo hallé á su pasante, le enseñé la carta y me dijo que aquello debia ser una cosa que se llamaba... taquigrafía, y que el señor escribano entendia perfectamente; quedé en que volveria hoy á las cinco de la tarde... y ya deben ser... Con que vamos.

SOL. Si, vamos. No sé porque esa carta me parece de buen agüero!

ESCENA II.

CARLOS, DOÑA BARBARA.

CAR. No puedo, no puedo creerlo. Eso seria horrible. Vamos, dime que me has engañado, ó bien que es un sueño tuyo lo que me has dicho. Mi madre la esposa de ese hombre!

BAR. Yo solo sé que la señora ha estado en casa

un momento revolviendo papeles: miedo me dió de verla: luego por las palabras que entre ellos mediaron, vine en conocimiento de que iban á casarse... si, señor, si.

CAR. Ese mónstruo le habrá ofrecido mi vida en cambio de su tremendo sacrificio.. Oh! ella no sabia que yo estaba libre. Esto es peor que mil muertes. Tener que aborrecer, que despreciar á una madre Oh! Dios mio! Dios mio! (*oculta el rostro entre las manos, y permanece inmóvil.*)

BAR. Señorito, y Prudencio? Hace dos dias con hoy que salió de Málaga sin pasaporte y sin nada. Mucho trabajé para que no lo hiciera, pero su espanto pudo mas que reflexiones y súplicas. Cuando vos entrasteis en casa, acababan de decirme que le habian visto entrar en la ciudad entre dos guardias cívicos. Sabeis algo, señorito? Prudencio de mi vida. (*llora.*)

CAR. Eh! Dejarme en paz. Adónde se hallará mi madre? Quiero arrojarme entre ellos y separarlos para siempre. Por dónde me dirigiré? No sé qué hacerme! Oh! mi cabeza se arde.

BAR. Ay! ay! Prudencio de mi alma; ay! pobrecito Prudencio!

ESCENA III.

Dichos, el SOLDADO, TIBURON.

TIB. Ya ves si hay un Dios para el desdichado.

SOL. Calla, Tiburon. La sorpresa y el gozo han embargado mi aliento.

TIB. Esta carta te devolverá el corazon de una mujer amada y el de un hijo idolatrado.

CAR. Pero dime, ¿no sabes hácia donde se dirigieron, dónde estarán ahora?

BAR. Qué he de saber yo, señorito.

CAR. Debias saberlo.

SOL. Calla. Ese hombre, esa voz... Cielos! es Carlos! Carlos en la ciudad todavia!

TIB. Corre, corre á él, estréchale en tus brazos! Salvale de nuevo.

SOL. No, todavia no es tiempo de decirle quién soy. Tengo un medio que tú pondrás por obra. Don Carlos? (*acercándose.*)

CAR. Ah! eres tú: mi salvador.

SOL. Qué teneis?

CAR. Qué tengo? Ch! Si, sábelo, amigo mio! Mi madre va á ser la esposa de Guillermo de Villareal, amenazada sin duda con la muerte de su hijo.

SOL. Oh! qué decis? Imposible! Imposible!

CAR. Cómo, ¿qué significa?

SOL. Pero es preciso impedirlo. Ya veis, Guillermo Villareal es un infame y vuestra pobre madre la supongo buena, honrada. Ah! corramos! corramos.

CAR. Pero á dónde correr, á dónde? (*el teatro va oscureciendo: en este instante se oye ruido dentro de la iglesia.*)

SOL. Callad. Dentro de esa iglesia se oye ruido. ¿Cuál será la causa?

CAR. Vamos! (*dando un grito y queriendo correr hácia la iglesia. El Soldado le detiene entre sus brazos.*)

SOL. Oh! no! Vos no. Corre tú, Tiburon, y vuelve al punto á decirnos lo que hayas averiguado.

BAR. No, yo mismo!

COL. Corre, Tiburon. (*Tiburon entra en la iglesia*)

precipitadamente.)

CAR. Pero con qué derecho me deteneis? Dejadme ó mi furia..!

SOL. Callad, callad en el nombre del cielo! No irriteis á Dios!

CAR. Pero sabeis la duda que se ha clavado en mi alma, lo sabeis?

SOL. Mi corazon os responde haciéndose mil pedazos.

CAR. Pero no comprendo.

SOL. Callad, callad! (*sale Tiburon precipitadamente: todos le rodean.*)

CAR. Pronto; no os detengais.

SOL. Habla, habla.

TIB. En esa iglesia se estaba verificando un casamiento.

TODOS. Oh!

TIB. Cuando se ha acabado la ceremonia, la desposada ha caido al suelo sin sentido.

CAR. Mi madre!

TIB. Yo he visto á Guillermo de Villareal, á ese malvado con mis propios ojos.

CAR. Condenacion! (*va á correr á la iglesia, el Soldado y Tiburon le detienen.*)

SOL. No lo perdamos todo de una vez... (*atravesada la escena un grupo de soldados franceses.*) Mirad! Solo conseguiriais vuestra muerte... y quién defenderia entonces á la mas desgraciada de las mujeres? Yo os juro por mi salvacion, que vereis á vuestra madre ó moriremos los dos... Pero ahora no hareis mas que suicidaros... Salen de la iglesia .. venid hácia este lado. (*arrastrandole hácia un bastidor.*)

CAR. Quién es este hombre que tal poder tiene sobre mi?

ESCENA IV.

Dichos, DOÑA MARIA, GUILLERMO, el CAPITAN y Criados.

GUI. En esa bocacalle nos espera el coche. Valór hasta alli, esposa mia.

MAR. Ah! me muero, pero he salvado á mi hijo! (*desaparecen por el bastidor frontero á la puerta de la iglesia.*)

ESCENA V.

El SOLDADO, TIBURON, CARLOS, y DOÑA BARBARA.

CAR. Cumplid vuestro juramento.

SOL. Yo os proporcionaré la llave de la puerta del jardin de la casa de ese hombre. Venid conmigo y os diré cómo podemos verla ó moriremos juntos.

CAR. VAMOS! (*vanse.*)

TIB. Yo como siempre... á proteger la retirada. (*vase.*)

BAR. Yo á averiguar el paradero de mi desventurado esposo.

FIN DEL CUADRO SESTO.

CUADRO SETIMO.

LA PUERTA DEL JARDIN.

Un frondoso jardin: á la derecha una pequeña puerta, un banco de piedra á la izquierda: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GUILLERMO, solo.

No parece sino que la fortuna se ha propuesto favorecerme en todo cuanto emprendo. Hace diez años que era simple empleado en una casa de comercio, despues de haber gozado de las comodidades de una mediana riqueza, cuyos últimos restos se llevó un caballo de copas. Desde entonces todo me ha salido bien. Aquel hallazgo que tuve fué la base de mi nueva fortuna. Lo único que viene á arrebatarme el sosiego de cuando en cuando, es aquella maldita cartera que perdi sin saber dónde, y la cual contenia una carta dirigida á mi por el otro compañero mio en la casa de comercio y en todas las batallas de mi azarosa vida. Eh! quizás aquella cartera no cayó en manos de nadie, y ademas, la carta estaba escrita en taquigrafia y casi nadie... En fin, loco soy en pensar en esto despues de catorce años. Entreguémonos á la alegria y á la satisfaccion que hoy deben reinar en mi. Los franceses me han hecho temible y poderoso, y esa hermosa mujer acaba de hacerme millonario y noble. Cuánto tiempo hacia ya que anhelaba la posesion de un titulo! Desde que ví á la condesa de Torrefiel, muger de 36 años, hermosa y solteratodavía, me pareció la muger que yo necesitaba. Con un titulo bello, con una inmensa fortuna, y luego aislada y de costumbres santas, segun decian sus vecinos... Pero ese jóven... Y qué voy á hacer con él? ¿Darle libertad? Bien sé que el general francés no sospecharia de mi, mas á decir verdad, no me pesaria que ese hombre sufriera como los demas conspiradores la pena capital... Si, si; esto me parece lo mas acertado. Hola. Pedro? (*llamando á un criado que habrá permanecido en el fondo.*)

CRIA. Señor.

GUI. No me has dicho que la señora condesa se hallaba en el jardin?

CRIA. Estoy seguro de haberla visto bajar á él.

GUI. Sigüeme. (*vanse.*)

ESCENA II

El EMBOZADO, CARLOS.

EMB. Entrad, ya no hay nadie. (*despues de haber abierto la puerta con precaucion y entrando cautelosamente.*)

CAR. Gracias, amigo mio.

EMB. Silencio. Ya habeis oido lo que han dicho. Vuestra madre se halla en este jardin. Lo que debeis hacer es ocultaros, y esperar el momento en que se halle sola. Mucho os arriesgais al dar este paso, pero yo también quiero que le deis... Es preciso. Ya lo sabeis... Yo aguardo detrás de esa puerta, en cuanto deis tres palmadas, entro y conducimos á vuestra madre á la lancha en que Tiburon nos ocultará hasta que hallemos un medio seguro de evasion. A Dios, noble joven. El cielo os proteja.

CAR. Pero quién sois, vos á quien tanto debo?

EMB. Un infeliz que os pide un abrazo.

CAR. Oh! (*arrojándose en sus brazos.*)

EMB. Hijo mio!

CAR. Si, llamadme vuestro hijo. Yo no tengo padre. ¿Llorais?

EMB. A Dios, Carlos, á Dios! (*vase por la puerta del jardín.*)

ESCENA III.

CARLOS, solo; despues MARIA y GUILLERMO.

CAR. Siento pasos. (*se oculta.*)

MAR. Dejadme, dejadme; no quiero permanecer ni un solo momento á vuestro lado.

GUI. Señora!

MAR. Y Carlos? Me habeis jurado darle libertad en cuanto yo os hubiese entregado mi mano. ¿A qué aguardais?

GUI. Ya os he dicho qué era preciso valerse de algun medio extraordinario. Voy ahora mismo á la carcel y veremos...

MAR. Si, corred, volad... y cumplid vuestro juramento. Yo os lo suplico, yo os lo mando. Id, id, no os detengais un solo instante.

GUI. (Si, voy á que redoblen su vigilancia y á que le pongan en incomunicacion.) Hasta luego, señora. (*vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA MARIA, CARLOS.

MAR. Dios santo! El peso de mi desgracia me abrumba. Era preciso salvarle. Y entre su muerte y mi muerte no pude vacilar.

CAR. Madre mia!

MAR. Carlos!

CAR. He sido salvado por un hombre misterioso que me protege como un padre.

MAR. Ah! pero vives, estás libre; déjame que me convenza de tanta dicha! Y yo que!... cuánto he sufrido!... cuánto!... pero mi hijo vive... Mi hijo en libertad... gracias, Dios mio!

CAR. Todo lo sé, madre mia. Y nunca podré perdonar una debilidad que á los dos nos ha cubierto del mas vergonzoso oprobio.

MAR. Iban á darte la muerte.

CAR. Y qué, no era preferible mi muerte á mi deshonra? No era preferible que muriese bendiciéndoos, á que viviese despreciándoos?

MAR. Carlos, te perdono. Yo preferi que vivieses lejos de mi, muy lejos, á que murieses delante de mis ojos.

CAR. Y mi padre! Mi padre!

MAR. Qué pronuncias, desventurado? Su recuerdo debe vivir siempre en nuestra cabeza y en nuestro corazon; pero ni aun entre nosotros mismos debe salir á los labios....

CAR. Huyamos!

MAR. Cómo? No te comprendo.

CAR. Mi bienhechor aguarda detrás de esa puerta una señal mia, y un marinero, amigo suyo, nos conducirá en una lancha á un parage oculto hasta que podamos huir.

MAR. Pero y si al salir nos viése alguien? Todavía no ha oscurecido completamente.

CAR. Una dilacion cualquiera seria nuestra ruina. Vamos.

MAR. Vamos, hijo mio; y el cielo vaya con nosotros. (*al dirigirse á la puerta y al ir á hacer la señal convenida, se oye un Pregon que dice.*)

PRE. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor en la persona de don Alvaro Tellez, por conspirador. Quien tal hace que tal pague.

CAR. Don Alvaro! Oh! nada sabia! Don Alvaro, ese noble anciano! El que debia ser nuestro jefe en la contienda! Oh madre mia! esto es horroroso!

MAR. Hijo, vamos, vamos. (*trémula y llena de espanto.*)

CAR. Dejadme respirar.

MAR. Ay! vamos te digo. (*queriendo arrastrarle hácia la puerta.*)

CAR. Si, pero yo volveré! yo volveré despues; y vive Dios que la sangre de los estrangeros ha de vengar la muerte de ese noble anciano. Vamos.

ESCENA V.

Dichos, GUILLERMO.

GUI. Señora! (*entrando y reparando en Carlos y doña Maria.*)

MAR. Ay!

CAR. Oh! Bien venido seais! Sois el mas vil de los hombres!

MAR. Carlos!

GUI. Es claro, como le habia yo de hallar en la carcel, si estaba en vuestros brazos? Señora, vuestro esposo os ha sorprendido en los brazos de vuestro amante.

CAR. Su amante! Si, soy su amante, y tú, tú eres su esposo, y ya ves la estrecho en mis brazos. Para lavar esta clase de ultrage, se necesita verter sangre. Toma, infame enemigo de tu patria, (*saca dos pistolas de debajo de su capa y le da una á Guillermo.*) toma verdugo de los españoles. Véngate. Yo he envilecido tu título de esposo. Véngate. Yo he burlado tu vigilancia de carcelero.

GUI. Tu vida pertenece al verdugo.

CAR. Oh! eres un cobarde. Pues bien, tu vida me pertenece á mi.

GUI. Os atreveriais?

CAR. A todo, para vengar á esta pobre mujer, á quien has obligado á que te dé su mano con viles amenazas; á todo, para que no se diga que hay un español tan miserable que se pasa al enemigo y lucha contra su nacion. A todo. ¿Lo oyes? Vamos; dispara tú el primero. Qué, te tiembla la mano? Eres tan cobarde que rehusas el duelo que te propongo? Haces bien; un traidor no debe batirse con un caballero.

MAR. Ah! Carlos! piedad!

CAR. Pero no has oido que soy el amante de tu esposa?

MAR. No lo creais, no es mi amante, no.

GUI. Señora...

MAR. Es mi hijo!

GUI. Vuestro hijo!

CAR. Oh! madre mia! (*arrojándose en sus brazos.*)

GUI. Su hijo!

CAR. Si, su hijo! Por eso es preciso que uno de nosotros deje de existir en este mismo instante. No quieres ser el primero? Pues bien, yo lo seré. (*Carlos dispara, pero doña Maria se lanza á él y al tiro.*)

MAR. Oh!

GUI. Me has insultado y no sabes que hay hombres que no perdonan nunca. Voy á ver si yo tengo mejor punteria.

MAR. Oh! primero has de matarme á mi. (*se coloca delante de su hijo.*)

GUI. La bala herirá el primer pecho que halle.

CAR. Oh! dejadme, madre mia. En el nombre de Dios.

MAR. Oh, no!

CAR. Disparad ahora. (*luchan; Carlos detiene con su brazo á su madre apartada de si, y presenta el pecho á Guillermo.*)

GUI. Mal has jugado la partida... Muere!

ESCENA VI.

Dichos, el Embozado.

(Guillermo va á disparar sobre Carlos, cuando se abre precipitadamente la puerta, delante de la cual se hallaba aquel colocado y el Embozado que sale le sujeta el brazo.)

TODOS Ah!

(Cuadro y una breve pausa, al cabo de la cual el Embozado desarma á Guillermo y le hace retroceder hasta el extremo del teatro. Coje fuertemente de un brazo á Carlos.)

EMB. (*arrastra á Carlos hácia la puerta.*) Venid, venid.

MAR. Yo protegeré la fuga de mi hijo. (*arrancando la pistola*)

CAR. Oh! no! dejadme; mi madre...

EMB. Despues! Mal has jugado la partida... (*el Embozado arrastra á Carlos fuera del jardín. Maria se pone delante de la puerta con la pistola en la mano.*)

GUI. Oh rabia! (*va hácia la puerta con ánimo resuelto.*)

MAR. (*apuntándole con la pistola.*) Atrás!

CRIA. Aquí, aquí ha sonado el tiro. (*entran criados con hachas y armados.*)

GUI. Venid, venid. Un hombre acaba de salir de aquí por esa puerta. Mis riquezas, mi vida al que me le devuelva muerto ó vivo.

MAR. Ay desdichado del que se acerque.

GUI. Os asusta una mujer, cobardes? Pronto ó mi furia...

(Los criados se lanzan sobre doña Maria que hace fuego y hiere á uno. Los demas se lanzan fuera del jardín precipitadamente.)

MAR. Sois un infame. Temblad, que es una madre quien os amenaza.

GUI. Señora, vuestro hijo morirá y vos presenciareis su muerte.

MAR. Maldito seas!

FIN DEL CUADRO SETIMO.

CUADRO OCTAVO.

UNA CARTA EN TAQUIGRAFIA.

Una sala en casa de Guillermo, puerta al foro y laterales; la de la izquierda está cubierta con una gran cortina; sillas y mesa.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, sola, sentada.

Toda la noche en esta mortal ansiedad! Habrá caído mi hijo en manos de sus verdugos! Habrá logrado evadirse á favor de la oscuridad, y con la ayuda de ese personage misterioso. Cielos!.. Tambien fui yo salvada de un modo semejante cuando ese malvado.. penetró en mi casa aquella noche... será tal vez el mismo hombre el que me salvó á mi y el que esta noche ha arrancado á mi hijo de mano de sus enemigos?

Dios santo! Haced que los dos se hallen en libertad. Una madre muy desgraciada os lo pide de rodillas.... Ah! siento pasos... tal vez..... (*corre al foro.*)

CRIADO. Señora, un hombre acaba de traer una carta para vos.

MAR. Dame. (*vase el criado.*) Oh! si serán noticias de mi hijo. (*abre y lee*) Dios santo! Qué he leído!

ESCENA II.

DOÑA MARIA Y GUILLERMO.

MAR. Y mi hijo?

GUI. No sé nada. Mis gentes le persiguen todavía.

MAR. Pero decidme, hombre de maldicion, no me jurasteis darle la libertad?

GUI. No contaba con sus insultos.

MAR. Infame!

GUI. Dejadme, señora.

CRIA. Señor, un marinero aguarda abajo, y dice que quiere hablar con vos.

GUI. Que se vaya.

CRIA. Ya le hemos intimado á hacerlo, y ha insistido en su pretension.

GUI. Entonces, echadle á palos.

CRIA. Nos ha dicho que pronunciamos esta fecha en vuestra presencia. El 14 de octubre de 1796.

GUI. Esa fecha. Que entre ese hombre en el instante.

MAR. Oh! que voy á saber!

GUI. Retiraos, señora, dejadme solo.

MAR. Oh! apenas puedo andar. (*entra donde está la cortina.*)

ESCENA III.

GUILLERMO, TIBURON.

GUI. Quién será ese hombre y qué vendrá á decirme?

TIB. Gracias á Dios. Mucho tiempo me habeis hecho esperar.

GUI. Quién eres? qué me quieres?... Acaba pronto. (*sentándose con enfado.*)

TIB. (No la veo. Si le habrán dado mi carta?)

GUI. Acaba.

TIB. Es vuestra esta cartera? (*sacándola.*)

GUI. Y cómo es que tú has sospechado que fuese mia?

TIB. Os lo diré. Hace mucho tiempo que yo me encontré esta cartera. Vi que no contenia mas que un papel lleno de garrapatos, que no pude comprender, y la dejé olvidada en el cajon de una mesa. Hace unos dias que me dije yo á mi mismo, ¿por qué un pescador no ha de gastar cartera? Y sin mas ni mas la cojo y la destino á mi uso particular. Cuando ayer habiéndola sacado, no me acuerdo para qué delante de un guardia cívico, y examinándola, este me dijo. ¿Es tuya esta cartera? Yo respondi que me la habia encontrado; y entonces añadió. Pues bien, puede ser que pertenezca á nuestro comandante, porque aqui en el broche tiene unas iniciales que tambien son las suyas G. de V. Guillermo de Villareal. Bien puede ser, repliqué yo, y aqui me teneis. Es vuestra esta cartera?

GUI. Y has leído ese papel que habia dentro?

TIB. Y quién entiende esos garrapatos?

- Gui. Pues efectivamente es mia esa cartera; devuélvemela.
- Tib. Es preciso que me deis alguna señal, porque ya veis... ¿cuándo la perdisteis?
- Gui. Hace muchos años.
- Tib. Dónde?
- Gui. No lo recuerdo.
- Tib. Y ese papel incomprensible en qué forma está escrito?
- Gui. En forma de carta.
- Tib. Y esa carta os habia sido dirigida á vos?
- Gui. Si, hombre, si. Ya ves las señas estan conformes.
- Tib. Si, efectivamente...
- Gui. Pues entonces, dame la cartera y cuenta con un buen hallazgo.
- Tib. Pues entonces, sabed que os he estado engañando soberanamente. *(arrastrando una silla hasta llegar á la de Guillermo.)*
- Gui. Miserable! *(levantándose.)*
- Tib. No, no, sentaos. No veis? Yo tambien me siento. *(lo hace.)*
- Gui. Voy á llamar á mis criados para que te arrojen por el balcon si no me entregas esa cartera y te vas al momento.
- Tib. No quereis que antes os lea esta carta?
- Gui. Cómo! *(volviendo.)*
- Tib. Sentaos, sentaos por breves instantes. Pero antes, cerrad aquella puerta por la cuenta que os tiene.
- Gui. *(Oh! si, fuerza es saberlo todo.) (se sienta.)* Dejad abierta la puerta y hablad sin cuidado.
- Tib. Oh! yo no lo tengo. Os esplicaré el argumento de la carta que es larga en demasia. *(guarda la cartera en un bolsillo de la chaqueta; del otro saca un papel.)* Este es un joven llamado Estevan Diaz que escribe á su compañero de crímenes y de oficina don Guillermo de Villareal, que sois vos. Es el caso que hallándose ambos jóvenes trabajando en su bufete, en la casa de comercio de don Fulgencio Martinez, en la tarde del 14 de octubre de 1796, vieron entrar á su principal con un caballero anciano: aquel abrió la caja de su casa y entregó á este la cantidad de doscientos mil reales en letras á la vista, sobre Cádiz, á donde dijo el anciano que tenia que partir al dia siguiente de madrugada. Despidióse del principal que parecia ser un antiguo amigo á quien volvía á ver despues de muchos años, y le dijo que hacia dos horas que habia llegado, y en aquel instante iba á dirigirse á las cabañas de los pescadores. En cuanto ambos hubieron salido, los dos jóvenes, que se hallaban llenos de deudas y en una indigencia vergonzosa.. se miraron; hasta que el mas infame de los dos, y este erais vos, dijo. Es preciso que uno de nosotros siga á ese viejo y vea de apoderarse por cualquier medio del dinero que lleva encima; si, replicó su compañero, la muerte es preferible á la miseria. Juguemos á cara ó cruz cuál ha de ser el ladron. La suerte anduvo diestra y decidió que vos fueseis el ladron.
- Gui. Esperad, esperad que cierre esa puerta; si alguien te oye te va á creer loco. *(cierra.)*
- Tib. Veis como habeis venido á seguir mis consejos? Al otro dia vuestro amigo fue acusado por vos de otros crímenes anteriores; y en el instante fue trasportado fuera de la ciudad.
- Desde el lugar de su destierro, el desgraciado os escribió esta carta, convencido como lo estaba de que vos habiais sido un delator para no compartir con él vuestro robo. Pero no tenia pruebas, todas eran conjeturas. Yo tengo una certeza, porque sé lo que hicisteis despues de salir de la casa de comercio.
- Gui. Ya me falta el sufrimiento para oir tantos disparates y voy á llamar...
- Tib. Es preciso que me escuchéis hasta el fin. *(Tiburón le pone un cuchillo al pecho.)* Pues señor, pronto hallasteis al desconocido, le seguisteis, pero aun cuando la noche iba acercándose rápidamente, y como el asesino es siempre cobarde, no hallasteis una ocasion para cometer vuestro crimen. El anciano llegó á la cabaña de un pescador, y entró en ella. Al cabo de una hora visteis salir al pescador, y habiéndoo asomado á una ventana de la casuca, y viendo que el desconocido se hallaba solo, saltasteis por ella, y asesinando á aquel anciano indefenso. *(la cortina se mueve y Tiburón lo observa.)* *(Allí está.)* Os apoderasteis de las riquezas que llevaba, y huisteis no sin ser visto por un hombre que podria servir de testigo si se llegara á entablar una causa contra vos, y uniéndose al antecedente de esta carta otros muchos que se hallarian de seguro.
- Gui. Vamos, y á qué conduce todo ese cuento?
- Tib. No es ese el tono que os conviene. Sabed que la justicia civil está avisada, que ha visto esta carta y oido la declaracion de ese testigo, y que se ha decretado vuestra prision para formaros causa.
- Gui. Cómo! qué dices? será cierto? *(perdiendo su sangre fria.)*
- Tib. Hola! Parece que os inmutais?
- Gui. Os habeis atrevido...
- Tib. Pues no deciais que era un cuento? Y sabeis quién era el anciano á quien disteis muerte? El conde de Torrefiel, y vos os llamais ahora el conde de Torrefiel.
- Gui. Cielos! Será posible? Pero es cierto que habeis avisado á la justicia? Si todavia no lo habeis hecho, podemos arreglar ese asunto entre nosotros. No porque yo tenga nada que temer, porque ya lo sabeis, yo puedo ahora mucho, y ademas, al fin se veria que yo era inocente; pero evitemos un escándalo.
- Tib. Va es tarde, señor conde de Torrefiel, la justicia está detrás de aquella puerta, ha oido nuestra conversacion y está enterada de la verdad. *(señalando al foro.)*
- Gui. Me habeis vendido. *(corre al foro y abre la puerta con violencia; nadie hay detrás de ella. Tiburón suelta una carcajada.)*
- Tib. Ja! ja! ja! Que inocente sois; no veis que entonces habia trabajado de balde, sacando mil conjeturas, por las luces que me ha dado esta carta? ¿No conoceis que lo que he querido, es haceros confesar la verdad, para despues imponeros mis condiciones? Ya veo que no sois tan malo como me figuraba.
- Gui. Infame!
- Tib. No se trata ahora de injurias. Por cuánto pensais comprar mi silencio y la devolucion de esta carta?
- Gui. Es la mia?
- Tib. Miradlo.

GUI. Vamos, di tu cuanto quieres, y acabemos.
 TIB. Quiero veinte onzas de oro y creo que no es mucho pedir.
 GUI. Dadme la carta.
 TIB. Cuando me deis el dinero.
 GUI. Voy á buscarlo.
 TIB. Aqui os aguardo.
 GUI. Enhorabuena. (Ahora llamo á mis criados y desgraciado de él.)

ESCENA IV.

TIBURON, MARIA.

TIB. Ah! señora! recibisteis mi carta? (á Maria que sale detrás de la cortina.)
 MAR. Ya lo veis, todo lo he oido, todo.
 TIB. Fernando vive: yo le salvé milagrosamente.
 MAR. Cielos!
 TIB. Y está aqui.
 MAR. Oh!
 TIB. Por dónde puedo salir sin que ese malvado me vea!
 MAR. Entrad por ese gabinete, salid por aquella puerta, y enfrente vereis la escalera. Bendito seais.
 TIB. Señora, estoy recompensado. Si creeria ese necio que yo iba á esperarle? Se conoce que el pobre no sabe lo que es un Malagueño.

ESCENA V.

MARIA, despues GUILLERMO y soldados.

MAR. Dios santo! que hermosa es tu justicia, cuan brilla por fin. Fernando vive, salvad á mi hijo. Completad vuestra obra.
 GUI. Apoderaos de ese hombre. Cielos! (á los soldados.) Señora, no habeis hallado aqui á un hombre?
 MAR. No os acerqueis. Vuestras manos están aun rojas con la sangre de mi padre.
 GUI. Nos habeis escuchado?
 MAR. Asesino!
 GUI. Pero ese hombre! Ese hombre! registrad toda la casa. (vanse los criados.)
 MAR. Es inutil, ya se halla lejos de aqui. No os acerqueis. Voy á huir lejos de ti para siempre, mónstruo del averno!
 GUI. Estais loca, señora! (asiéndola de una mano.)
 MAR. Oh! dejame, el contacto de tu mano, hiela mi sangre. Dejame, quiero huir de ti, reunirme con mi hijo!
 GUI. Con vuestro hijo!
 OFI. Señor, don Carlos Velazquez ha sido hallado y hecho prisionero.
 GUI. Dejadnos. Lo veis, señora! (vase el capitan.)
 MAR. Asesino!
 GUI. (obligándola á caer de rodillas.) Si; lo fui de vuestro padre y lo seré de vuestro hijo. (doña Maria cae al suelo dando un grito y Guillermo sale precipitadamente.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

CUADRO NOVENO.

LA CARCEL.

ESCENA PRIMERA.

CARCELERO y PRUDENCIO.

CARC. Ye vu repito que entreis danse cuarto.
 PRU. Pero si yo no he hecho nada para estar encerrado.
 CARC. E bien, puesto que no hay otro medio pur vos hacer antrer an reson, sabed que vos et sentensiado á morte.
 PRU. Cielos! Es cierto lo que decis?
 CARC. Siertisimo.
 PRU. No es posible! vos quereis engañarme.
 CARC. Hace poco que ha estado isi el gefe de la gard civica et nus ha presentado dos órdenes que acababa de firmar Mosiu le Gobernador; dan la una se decreta la morte de set Carlitos que nus á doné tan que haser, é la vuestra dan l' otra; dentro de poco vu le sabré de boca du meme juez.
 PRU. Oh! terquedad de mi desastroso sino! Morir! morir! Y decidme, no ha venido á buscar-me una señora, chata, baja y colorada?
 CARC. Ui mosiu; ella es venida tres veces.
 PRU. Toma este bolsillo y esta carta, guárdate el primero y llegue la segunda á su destino.
 CARC. Ye le sento bocú, pero...
 PRU. Nada de peros, amigo mio. Ten lástima de mi.
 CARC. Bien, yaced á votr súplica, pero...
 PRU. Me estás asesinando con tus malditos peros.
 CARC. Juré mua que persona sabrá que ye me sui prestado á vos haser on servisio semblable.
 PRU. Te le juro.
 CARC. Entonces donne mua la carta.
 PRU. Toma la carta y el bolsillo.
 CARC. (tomando el bolsillo.) Oh! non cruayé pá que lenteres solmente ma movido!...
 PRU. Ya se yo, que solo tu buen corazon...
 CARC. Es claro.
 PRU. Pero mira; cuando venga esa persona la introducirás en mi cuarto, y dejarás que yo me despida de ella para el otro mundo...
 CARC. Pa posible.
 PRU. Devuélveme entonces la carta, porque el mensaje es inutil.
 CARC. Coman! devolver á vos...
 PRU. Vamos, hombre, no seas de hierro como tus cerrojos y tus llaves. Ten lástima de un hombre, que dentro de poco se verá pataleando por esos aires. (llorando.)
 CARC. Votr duler me conmueve, pero...
 PRU. Toma, y no hay mas que hablar; tu buen corazon me responde de todo. (dándole un duro que saca del bolsillo.)
 CARC. E se pur una muger... Eh? (mirando el sobre.)
 PRU. Si; para una muger, que es mi muger [y la muger mas infame de todas las mugeres.
 CARC. Se bian; me fett mua le favor dantrer dan votr cuarto! Can giñorraba le destinó que vos eté reservado, ye puvé consentir en que vu

permanesieseis dan set sala de paso, donde acostumbran lo yueces á lir les santensias á les reo, me il ne me pa posible deya san faltar á mon debuar...

PRU. Entiendo: encerradme, pues tal es vuestro terrible deber...

CARC. Se nes pa ma culpa.

PRU. Oh! sino existiesen las mugeres, los maridos serian mucho mas dichosos. *(entra en el cuarto y cierra.)*

ESCENA II.

CARCELERO.

Diabl, ye ne pa perdido la yurnada. Pobrombré él es muerto de miedo. Oh! la cosa nes pa pur meno. Avan tu es preciso faser se que ye lui é prometido. *(se acerca puerta foro y llama.)* Ola! Pedro! Toma set *(á Pedro que sale.)* carta é llevala á donde el sobre dice: Vuayon apresan se que set bursa contiene.. Ah! *(repara en el juez que entra y guarda el bolsillo.)*

ESCENA III.

CARCELERO, EL JUEZ seguido de guardias, luego PRUDENCIO y en seguida CARLOS.

JUEZ. Conducid á mi presencia á don Prudencio Medrana.

PRU. *(el carcelero abre la puerta de la prision de este.)* Este es el último instante de mi vida.

JUEZ. Escuchad. *(lee.)* «En el nombre del rey nuestro señor don José Bonaparte I. Se os condena á ser ahorcado por el doble crimen de haber conspirado contra los indisputables derechos de S. M. y de haber protegido la fuga de Carlos Velazquez, uno de los gefes de la conspiracion.»

PRU. Conque ahorcado! eh? *(llorando.)* Ahorcado! Decid á los... que me han... condenado... que no tienen entrañas... que yo no he cometido ninguno... de los dos crímenes... que se me imputan...

JUEZ. Volved á vuestro aposento. Yo no debo oír ninguna de vuestras quejas

PRU. *(ahogado por los sollozos.)* Bien, moriré, puesto que no tengo otro remedio... pero la justicia.. del que todo lo vé, no dejará sin castigo á mis verdugos... si... señor, yo soy inocente... inocente como una criatura, pero me condenan... por razones que yo me sé... Ahorcado como un asesino... como un bandido... Oh! lo repito, no tienen entrañas... los que... los que... me... han... condenado.

JUEZ. Conducidle á su encierro. *(al carcelero.)*

PRU. Un poco de paciencia, señor Juez; pronto se cansan los oídos de la justicia. Justicia! En el mundo ya no lo hay, si la hubiera no me ahorcaría á mi, sino á mi muger.. Oh! vamos.. vamos. *(entra en el cuarto, el carcelero cierra.)*

ESCENA IV.

JUEZ, CARCELERO, guardias, luego CARLOS.

JUEZ. Ahora necesito ver á Carlos Velazquez. *(abre el carcelero la puerta de este.)*

CAR. *(viendo al juez.)* Qué me quieres? Ah! dispensad, caballero! cuando gustéis; ya os escucho.

UN SOL. *(Carlos!)*

JUEZ. *(lee.)* «En el nombre del rey nuestro señor José Bonaparte I. Visto cuanto resulta de la causa instruida contra Carlos Velazquez, acusado de conspirador contra los indisputables derechos de S. M. Y visto lo dispuesto en las leyes, en la ordenanza general del ejército, en los bandos publicados por el señor gobernador de la plaza, hallamos que debemos condenar y condenamos á Carlos Velazquez á la pena de ser pasado por las armas, en la forma que se determina para los traidores.»

CAR. Y no teneis nada mas que decirme?

JUEZ. Ruega á Dios porque nuestro rey y señor, te perdone tus culpas.

CAR. Para nada necesito su perdon, caballero; si Dios me absuelve.

JUEZ. Teneis que hacer algunos encargos.

CAR. Desearia que vos mismo entregaseis esta carta á mi madre. El sobre os indicará... *(dándosela.)*

JUEZ. Os prometo cumplir mi doloroso mensaje, pero os advierto que esta carta tiene que ser antes revisada.

CAR. Era mi último á Dios, y creo que nadie tiene derecho para sorprender las palabras que un hijo dirige á su madre, en su hora postrera. Dadme la carta. *(la rompe.)*

JUEZ. Qué haceis?

CAR. Cual es la hora fijada para mi muerte?

JUEZ. Las ocho de la mañana que va á empezar.

CAR. *(con calma.)* A dios caballero, nada me resta que deciros. *(Oh! madre mia! madre mia!)* *(entra en el cuarto, el carcelero cierra su puerta.)*

ESCENA V.

UN SOLDADO, y el CARCELERO.

CARC. Qué, tu restas?

SOL. Si, quiero celebrar contigo la muerte de esos perillanes, pagándote la apuesta que me has ganado.

CARC. Una apuesta; ye ne man recuerdo

SOL. Y puesto que hemos de estar en vela toda la madrugada, ia pasaremos juntos calentándonos el estómago con unos buenos tragos.

CARC. A la bon hora; me ye te repito que ye ne man recuerdo.

SOL. Hombre, hace dos dias que te aposté dos ducados á que no volviámos á tener ningun reo lo menos en medio mes; y mi buena suerte ha querido que dentro de una hora vaya á despacharse á ese don Alvaro, gefe de una conspiracion, y que esta noche se leyesen sus sentencias á otros dos.

CARC. Sanyble! Tu ha perdido la cabeza!

SOL. Oh! si no te acuerdas, tanto mejor para mi. A Dios.

CARC. Eh? Aten un poco. Petetr que ye sua. *(Puesto que ye sui convidado...)*

SOL. *(Tú si que has perdido la cabeza.)* Conque enviamos por algun refrigerio?

CARC. Como tu quierras!

SOL. Bien, llama á alguno de tus dependientes, le diremos que nos traiga un par de pares de botellas.

CARC. Pedro! Pedro! *(va á la puerta del foro y llama.)*

PED. *(sale.)* Qué mandais?

CARC. Ese señor tiene quelque cosa que decirte

- SOL. Toma, corre á la aberna de enfrente, y di que te den las cuatro botellas que un soldado acaba de dejar separadas.
- CARC. Pero á esta sala? (*dándole el dinero.*)
- SOL. Si, es la mas abrigada de todo el edificio. Si alguien viniese, tu quedas en el encargo de avisarnos. (*á Pedro*)
- PED. Eslá bien. (*vase corriendo.*)
- CARC. Eres le diabl meme.
- SOL. Sentémonos, Tourpierre.
- CARC. Sentémonos.
- SOL. Vamos, qué piensas de nuestros dos prisioneros?
- CARC. Yo pienso quil son de fripones. Atreverse á conspirer contra nu.
- SOL. Efectivamente, es un atrevimiento que no se concibe! Querer hacer frente un pueblo desarmado y educado en la paz á un ejército fuerte y aguerrido!
- CARC. Tu has hablado com español que tu eres. Ne consit pá dan eso atrevimiento, si no dan gun fransé vale pur trant españoles.
- SOL. Tienes mucha razon.
- CARC. Oh! si mua fuera el general no me restaria con vida perro ni gato que hubiese nacido dan set modit terra. Non querer reconocernos como amos. Nus asasiner com chinchés, nus ansepultan dan le bodegás á manierra de tonelles. Oh! les tontos ne saben quil ne logran pá son objeto, porque fransé que muere en España, vuelve á resusitar en frans en suit.
- SOL. Pues, para haceros el servicio de enviaros á vuestra patria sin necesidad de que os deis malos ratos por el camino, os matan mis paisanos. Sino, cómo era posible...
- PED. Aqui está esto. (*pone cuatro botellas y unos vasos encima de la mesa.*)
- CARC. Piensa bien dan se que nu tavon encargando. (*vase Pedro.*)
- SOL. Pues señor, bebamos. (*llena los vasos.*)
- CARC. Por mi patria!
- SOL. Por la mia!
- CARC. Ques que tu dites?
- SOL. Por la tuya he querido decir.
- CARC. Eso es otra cosa. De van mua, persona brinda mas que pur Frans, pur la ruína de España. (*habrá llenado los vasos.*)
- SOL. Bien dicho, por la ruina de España.
- CARC. Tres bien.
- SOL. Y no es malo el vinillo.
- CARC. Il é tre buenó, é com ye ne sui pá acostumbrado á él, se me sube á la cabeza.
- SOL. Bebamos. (*volviendo á llenar los vasos.*)
- CARC. (*beben.*) Por la morte de esos dos fripones.
- SOL. Por su muerte. Y á proposito de esos perillanes, sabes que me han movido á compasion los pocos años y el apacible rostro de uno de ellos?
- CARC. Compasion pur un enemí. Ya mé. Llena set vaso.
- SOL. Morir tan joven! Desgraciado!
- CARC. Oh! de lamentasion. Que somell.
- SOL. Vamos, no quieras aparecer peor que lo que eres en realidad. Si en tu mano estuviese salvarle...
- CARC. Ye ne le salvaria pás. Pero cállate, que ye me duermo.
- SOL. Y si hubiese un motin y quisiesen arrancártele por fuerza?
- CARC. Me matarian avan que conseguirlo; á bieu quan gran frans habia de resucitar.
- SOL. Y si te ofreciesen una gran cantidad...
- CARC. On ne ma blanda á mé con dádivas. Ye un corason aprueba de bomba. (*durmiéndose.*)
- SOL. Conque solo la astucia!.. (*consigo mismo.*)
- CARC. (*oyendo le.*) E quien engana á en fransé, é surtú á en fransé com mua?
- SOL. Es cierto. Vamos otro trago.
- CARC. Oh! non. Ye trop bebido.
- SOL. Como! consientes en que un español te gane á beber?
- CARC. Oh! nom. Sanyble? Venga du vino. (*casi dormido alarga el vaso.*)
- SOL. Vamos á ver quien se bebe mas vasos seguidos.
- CARC. No ha de quedar la partida pur en fransé.
- SOL. Pues á ella.
- (El soldado llena vasos que Tourpierre bebe luchando con el sueño, pero que el soldado arroja por atras de la espalda con disimulo.)
- CARC. Sanyble! Unayon! Conque tu desias que astusia... Engañarme á mi! Oh! tu no sabes pas se que ye sey.
- SOL. Oh! si: lo sé perfectamente.
- CARC. Diabl! se vino mabrasa l' estomac.
- SOL. Es escelente. (*llenando los vasos sin cesar.*)
- CARC. Eh! para un poco
- SOL. Qué? Te das por vencido?
- CARC. Non, me les mua respirer.
- SOL. Mira, yo sigo bebiendo. Mira.
- CARC. Pues echa aunque reviente.
- SOL. Asi me gusta. (*beben.*)
- CARC. Engañarme á mi. Mé has dejado petrifié; caramba! Ye ne puedo mas. Pero dónde te cabe tanto vino? Yo te declar vencedor, é déjeme dormir. (*pone los codcs encima de la mesa y reclina la cabeza en sus mancs.*)
- SOL. Duerme enhorabuena.
- CARC. Oh! ye perd la cabeza Ye me sin mareado. (*pausa. Tourpierre queda completamente dormido.*)
- SOL. (*se levanta.*) Eso se pasará con el sueño. Carlos! Carlos! Es fuerza que le hable á toda costa. Con que placer daria mi vida por la suya! Oh! Dios no lo consentirá, que se consume un crimen tan horroroso. (*oyendo roncar á Tourpierre.*) Este idiota se ha dormido ya. Por fin logré mi objeto. (*se acerca de puntillas al carcelero y le quita el llavero que lleva á la cintura.*) Ah! ya está aqui.
- CARC. (*soñando.*) Engañarme á mi!
- SOL. Está soñando. (*vuelvese como creyéndose sorprendido, y dice tranquilizándose.*)
- CARC. (*soñando.*) Que ye sui fort viv la Frans.
- SOL. Oh! dicha! esta es! (*saca una llave del llavero y la guarda.*)
- PED. (*sale*) El; señor Tourpierre? Calla! está dormido. Eh! Despertaos.
- CARC. Eh! Quesque tu quieres? (*despertándose sobresaltado.*)
- PED. La señora á quien llevé antes la carta está ahí y pregunta por su marido...
- CARC. Son marido, eh? Son marido! Bien. (*vuelve á dormirse.*)
- PED. Pero, qué la digo?
- CARC. Pero á quién?
- PED. Toma! A esa señora que está esperando.
- CARC. É que es se que quiere set señora?

PED. Pues no lo he dicho ya!
 CARC. Cambian de lusesitas. ¿Qué gana tengo de matar á todos tus paisanos.
 BAR. (*entra con Pedro.*) Conducidme al aposento de mi marido.
 SOL. (Cielos! Y el llavero que está aun en mi poder.)
 CARC. Ensuit! Vos estar tre bonita. Diable! (*va á levantarse y cae en la silla.*) Ya se vé, la mala noche. Pero y mon llavero? (*vacilando se levanta al fin y va al cuarto de Prudencio.*)
 SOL. Tómalo. Se te cayó al suelo cuando estabas durmiendo, y yo lo recoji.
 BAR. Vamos, vamos, daos prisa.
 CARC. Eh! Mosiu Prudencio, aqui teneis á votra epusa.
 PRU. (*asomando la cabeza y cojiéndola de la mano.*) Ah! por fin te pillé. Por lo menos tendré el placer de que nos ahorquen juntos.
 CARC. Es preciso que yo me acueste un momentito. Brrr... Que ye sui forte. Viv lamperer! Viv ia Frans! (*sale cantando la marsellesa y apoyándose en cuantos objetos halla al paso.*)

ESCENA VI.

SOLDADO, solo, en seguida MARIA, luego CARLOS.

SOL. Gracias á Dios! En primer lugar cerremos esta puerta... Si nos sorprendiesen... Por él temo, por él... Pero no hay remedio, es preciso arriesgarlo todo. Dios no nos abandonará..... (*Va á abrir la puerta del cuarto de Carlos, cuando se oyen golpes á la del fondo que él acababa de cerrar. El Soldado se vuelve rapidamente.*)
 Oh! Y he de ver deshacerse todas mis esperanzas. Desdichado de mi. (*abre la puerta del fondo y aparece Maria.*) (Ella!)
 MAR. Aqui me han dirijido desde abajo. Me han dicho que aqui se hallaria el carcelero... Sabeis vos... Traigo una orden del gobernador para que se me permita hablar con Carlos de Velazquez, á cualquiera hora que sea.
 SOL. Señora, yo puedo traer á Carlos á vuestra presencia.
 MAR. Hacedlo y Dios os lo premie. (*el Soldado abre la prision de Carlos; este aparece.*)
 SOL. Salid. Aqui le teneis, señora.
 CAR. Madre mia! (*se abrazan.*)
 MAR. Hijo de mi corazon!
 CAR. (*habiendo reconocido al Soldado.*) Pero vos aqui!.. No os prendieron tambien?
 SOL. Si, pero logré escaparme en el momento mismo.
 CAR. Y qué haceis aqui?
 SOL. Velar por vos. Os dejo, pero volveré pronto. Tengo tambien que hablaros. (*vase cerrando la puerta del fondo.*)
 MAR. Carlos! Carlos! Si supieras lo que te voy á decir... No sabes... (*el Soldado vuelve, abre la puerta y observa.*)
 CAR. Hablad, madre mia!
 MAR. Negra, muy negra es nuestra situacion, pero mis labios no saben decirte mas que tu padre es inocente.
 CAR. Oh!
 MAR. He visto las pruebas!
 CAR. Padre del alma!
 MAR. Quieres saber quién fué el asesino del mio? Mi esposo, tu segundo padre Guillermo de Villareal.

CAR. Callad! callad! Esto es horrible! Y sin embargo, al saber que mi padre es inocente, no sé lo que pasa por mi corazon. Inocente... Oh! Yo lo sabia desde hace mucho tiempo. Mi padre no podia ser un asesino! Oh! si ahora pudiera estrecharle entre mis brazos. Pero muerto, muerto!
 MAR. No, no ha muerto, vive... se halla en esta misma ciudad.
 CAR. Aqui. (*pausa y se pasa la mano por la frente.*) Madre! qué sospecha. Oh! mi sangre es de nieve. Habeis visto al hombre que estaba aqui?
 MAR. Si. Habla.
 CAR. Ese hombre es mi sombra hace algun tiempo... Dos veces me ha salvado la vida espionando la suya, y luego aqui... en mi corazon...
 MAR. Y tal vez es el mismo que se hallaba oculto aquella noche en mi casa y se arrojó sobre Guillermo. Hijo! Hijo!
 CAR. Estais segura de que vive, de que se halla en esta ciudad?
 MAR. Me lo ha dicho el marinero que le salvó milagrosamente.
 CAR. Madre... Pero visteis al hombre que estaba aqui?
 MAR. Oh! has hecho que se apodere de mi alma la sensacion que agita la tuya. Dios eterno, ten compasion de nosotros!
 CAR. Ese hombre es mi padre!!!
 FER. (*se adelanta conmovido en extremo, y abriendo los brazos.*) Carlos! Maria!
 CAR. y MAR. Ay! (*se arrojan en ellos.*)
 FER. Prendas de mi alma!
 MAR. Fernando!
 CAR. Padre mio! (*gran pausa interrumpida por los sollozos.*)
 FER. Si, tu padre desdichado, que entró en aquella funesta cabaña, y hallando en ella un moribundo, corrió á arrancarle del pecho el acero que le habia dado muerte; pero aquel hombre ya no veia y me creyó su asesino. Asesino me llamaron mi amada y mi padre; todo me condenaba: ¿cómo justificarme? Esta horrorosa idea me volvió loco, y quise morir; pero la providencia me salvó, y hui á lejanos paises; el huracan del destino me ha arrastrado como á hoja seca desprendida de un arbol por casi toda la faz del mundo. Tu padre, hijo mio, que ha vuelto al fin y ya puede presentarse á vuestros ojos, porque ya no le creeis un asesino. Pero cómo os hallo? Tú, Maria, eres la esposa del mas vil de los hombres. Tú, Carlos, dentro de poco... ¡Ah! Misericordia, Dios mio! misericordia!
 MAR. Fernando!
 CAR. Fuerza es que lo sepas. Tu hijo está sentenciado á muerte.
 MAR. Ah!
 CAR. Madre, lo quiere el destino.
 MAR. Tú morir! Fernando, yo no quiero que muera, es preciso salvarle. Si nuestro hijo...
 (*Oyense rumores de pueblo en la calle, corre Fernando á la ventana y Carlos le imita.*)
 FER. Callad! Qué significa... un inmenso gentio rodea la carcel.
 CAR. Ah! es que van á sacar un reo. El es! El es!
 (*Oyese la marcha fúnebre del tambor.*)
 Don Alvaro Tellez, el noble anciano, el martir de la libertad. De rodillas, de rodillas.

(Carlos se arrodilla y levanta las manos al cielo. Fernando permanece de pié. Doña Maria se cubre el rostro con las manos.)

FER. Hijo desventurado!

(El tambor se va alejando pausadamente hasta que deja de oírse.)

MAR. Y mañana, quizá dentro de breves horas, tú también... Oh! no, no quiero! es imposible!

FER. Tengo una esperanza... Escucha, Carlos, escucha. (Carlos se pone de pié, su padre le ase de una mano.) Todos tus compañeros en la conspiración que intentabais, están avisados; el pueblo también te compadece. Mira lo que he resuelto. Cuando hayas llegado al lugar en que hayan de poner término á tu existencia, esclama con robusta y elevada voz, Viva la Independencia y mueran los franceses. Todos estaremos allí, y yo te aseguro que el pueblo se alzará como un gigante de cien brazos para salvarte. La tropa que te haya conducido será puesta en dispersion, y yo, que no te perderé de vista, protegeré tu fuga en medio de la confusion, y el cielo nos proporcionará un medio de que los tres huyamos á un suelo extranjero, donde podamos ser tan felices como desgraciados hemos sido. Es mi última esperanza. Es preciso probar este desesperado recurso.

CAR. Yo no puedo consentir en dar esos gritos.

MAR. Cómo! Qué dices?

FER. Las mismas palabras pronunciadas por otro se perderían en medio de la confusion, y serían despreciadas.

CAR. Pensad en lo que me proponéis. Por salvar á vuestro hijo privaríais á cien padres de los suyos?

MAR. Oh! no quiero pensar; quiero que vivas.

CAR. Si, ese es el lenguaje de una muger; pero vos que sois mi padre...

FER. Tú lo has dicho, soy tu padre. Una vez espantado el espanto entre los soldados franceses, la huida sería su recurso, entonces sin desastres, sin sangre.

CAR. Vos no podeis creer eso..

FER. Oh! tan joven! Piensa en esto, Carlos. Piensa en la muerte que te aguarda.

MAR. Oh! si, eso es horrible. Carlos, eres joven y hay dos corazones en el mundo que solo laten por ti, y esto es mucha felicidad. Si murieses porque Dios te llamase á si, en los brazos de tus padres... horrible sería perderte. Pero piensa que no es esto. Es ver en derredor tuyo, sobre tu cabeza, en las calles, en los balcones una inmensidad de gente que se agita, que se oprime, que se choca en todos sentidos, que grita. «Ya se acerca. El es! Vedle!» No oír luego sino un silencio que hace adivinar el del sepulcro, caminar luego muy lentamente para llegar muy pronto... Oh! lo ves! ya ha llegado, aquí el confesor, allí las mortíferas armas... luego arrodillarse... luego orar... y luego... y luego... (como si efectivamente oyese la denotacion de las armas de fuego.) Ay! si, si. Esto es horroroso, muy horroroso! (cae de rodillas á los pies de su hijo.)

FER. Hijo! hijo mio! (abrazándole.) es preciso que nos salves á nosotros.

CAR. Ah! padres míos! Qué me pedis?

MAR. Hijo!

FER. Carlos!

CAR. Ah! no, por vosotros mismos vencería mil franceses, pero el infierno abortaría otros mil para venceros á vosotros. Y creéis que podría yo vivir en un pueblo extranjero despues de haber causado la muerte de mis compatriotas? Oh! no! Los gemidos de las madres viudas y de los hijos huérfanos llegarían hasta mi oído, y las olas del mar se presentarían á mis ojos rojas con la sangre de mis víctimas. Yo no soy un cobarde que inmola á sus amigos. Soy un caballero que sabe morir! (doña Maria que ha estado de rodillas durante esta relacion se levanta sollozando.)

MAR. Muere, pues es preciso, nosotros te seguiremos al sepulcro.

CAR. Abrazadme, padres míos, abrazadme, quizá este sea nuestro último abrazo.

FER. Ah! si! (se abrazan. Pausa al cabo de la cual se oye ruido de pasos.)

CAR. Oís? Alguien viene. A Dios!

FER. Si, entra, no lo perdamos todo de una vez. Yo espero todavía... (entra Carlos en su aposento y Fernando cierra la puerta con llave.)

ESCENA VII.

DOÑA MARIA, FERNANDO, GUILLERMO, el CARCELERO y guardias.

(Guillermo reparando en Maria. Fernando en cuanto le ha visto se ha retirado al fondo. El Carcelero empieza á probar llaves en la cerradura de la puerta del calabozo de Carlos.)

GUI. Me ha dicho el gobernador que no ha podido menos de daros una orden para ver á vuestro hijo. Le he preguntado al carcelero, y sé que no lo habeis logrado todavía. (Fernando hace seña á Maria de que no le desmienta.) Y tengo el placer de anunciaros que ahora le vereis.

CARC. Dónde he echado yo la llave de esa puerta?

FER. Trae, el sueño te turba la vista.

(Coje el llavero de la mano del Carcelero, introduce en él la llave del cuarto de Carlos y abre la puerta.)

GUI. Justamente van á llevarle á la capilla. Ya sabreis que á las ocho de la mañana será fusilado.

CAR. (sale de su encierro y vé á Guillermo.) Oh qué quereis?

GUI. Quieren llevaros á la capilla.

CAR. Oh! entonces, vamos.

(Carlos sale seguido de los soldados, Maria cae de rodillas cubriendo su rostro entre las manos, y lanza un profundo gemido que revela toda su inconcebible angustia. Guillermo la mira, y al fin dice con irónica sonrisa.)

GUI. Ya era tiempo de vengarme. (vase.)

CARC. Hagamos sortir á esta muger no se le ocurra á Mosiu le comandant ver al señor Prudencio. (abriendo la puerta del cuarto de Prudencio.) Salid, señora. (sale doña Bárbara.)

GUI. (dentro.) Vienes ó no, carcelero del diablo?

CARC. Ves. Es preciso que yo siga al preso. (á Fernando.) Hazme el favor de serrar tu set puerta. (vase corriendo.)

ESCENA VIII.

FERNANDO, MARIA, DOÑA BARBARA y en seguida PRUDENCIO.

MAR. Oh! las fuerzas me faltan para sufrir.

BAR. (reconociendo á doña Maria.) Cómo! Sois vos, señora? Qué teneis?

MAR. Van á dar la muerte á mi hijo.

BAR. Nada temais.

MAR. Que dices, que nada tema? habla.

FER. Si, hablad.

BAR. Mi marido tambien está sentenciado, y ya veis, yo en la vida he estado mas contenta.

MAR. Explicate.

PRU. (sacando la cabeza.) Mi puerta se ha quedado abierta. Veamos! Huy! (al ver la gente.)

BAR. Sal, Prudencio, sal, ven aqui. (Prudencio obedece.)

PRU. Cómo!

BAR. Escuchad. (saca una carta.)

PRU. Cómo, vas á leer y delante de este hombre..

MAR. Calla, Prudencio, calla.

BAR. No seas necio, cuando la señora lo dice... Aqui se encierra la salvacion de vuestro hijo, y de mi Prudencio de mi alma.

MAR. Acabarás? (con impaciencia mortal.)

BAR. Oid, y viva la independendia!

PRU. Muger... (mirando á todas partes asustado.)

FER. Vamos.

BAR. Y mueran los franceses!

PRU. Oh! tú tienes el demonio dentro del cuerpo.

MAR. Lee por Dios!

PRU. Lo haré yo, porque si no... (arrancándole la carta.) pero antes es preciso que sepais...

MAR. Qué agonía!

PRU. Que esta es la carta que escribe á mi muger un primo suyo furibundo patriota y guerrillero terrible.

MAR. Lee.

PRU. Allá ya. (leyendo.) «Prima de mi corazon, te prometí darte cuenta de todo cuando sali de esa para luchar como buen español. Hasta ahora he cumplido mi oferta, porque sé que tú eres una digna patriota, pero hoy me toca participarte una noticia que te va á llenar de gozo. Sabe que el general Ballesteros con su esforzada division acaba de llegar á Cartamo, y que mañana á las nueve del dia habremos entrado en Málaga con nuestro valiente general, y no ha de quedar en ella un solo francés.

FER. Cielos!

MAR. Será cierto?

BAR. Carta canta. Oh! qué alegría! Viva la independendia nacional!

PRU. Calla, maldita!

FER. Pero á las nueve... las ocho es la hora fijada para la muerte de Carlos. Es preciso que salga un hombre á caballo en busca de esa division. Yo de ningun modo puedo abandonar la ciudad, porque en todo caso...

PRU. Si yo estuviera libre...

FER. Lo estais! Venid conmigo y os diré dónde tenia un caballo preparado por si conseguia... A todo escape... id, decid á Ballesteros que va á ser sacrificada una ilustre victima de la libertad, y que si él entra en Málaga antes de las ocho de la mañana, evitará su muerte, y el pueblo todo le prestará su ayuda.

PRU. Oh! no sabeis el valor que me han infundido las últimas arengas de mi muger.

FER. Dejemos esta puerta cerrada; cuando vengán á buscaros sospecharán que yo he sido quien os he libertado, pero á mi no volverán á

verme sino triunfador ó muerto. Vamos todos... No perdamos tiempo.

PRU. Si, vamos.

BAR. Cuidado cómo te portas. (vanse Prudencio y Fernando.)

MAR. Tú eres justo, Dios mio, ampáranos.

BAR. Valor, señora. Vuestro hijo se salvará y con él la independendia de Málaga.

FIN DEL CUADRO NOVENO.

CUADRO DIEZ.

INDEPENDENCIA Y VENGANZA.

Una gran plaza.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, TIBURON.

FER. Y bien, qué has hecho, Tiburon?

TIB. Desde que nos separamos hace dos horas, no he cesado un solo momento. Pero qué quieres, que te diga. El pueblo está cansado de luchar y sus continuos sufrimientos de algun tiempo á esta parte, le han vuelto insensible. Sin embargo, puedo contar con algunos marineros decididos, que no ven el instante de hacer una pesca por pequeña que sea de esos atunes extranjeros. No concibais por eso esperanza alguna, no, Fernando. Es preciso que empieces á resignarte con la idea horrible de perder un hijo que no ha cometido mas crimen que el de ser buen hijo y buen español.

FER. Sin embargo, el invicto Ballesteros puede llegar y...

TIB. Ya ves, la hora señalada para el asesinato de Carlos se acerca con una rapidez espantosa.

FER. Oh! cada minuto que pasa me roba un siglo de esperanza. Quizá no haya cumplido su promesa el hombre á quien confié el sagrado encargo de avisar á las tropas españolas.

TIB. Por qué no me buscaste á mi?

FER. El feliz éxito de esta esperanza consistia en no perder ni un solo segundo; y ademas, tú eras aquí tan necesario como yo. En último caso moriremos á los ojos de mi hijo.

TIB. Si, ya te lo he dicho; tú puedes disponer de mi vida entera. Tú eres toda mi familia, y si tú mueres conmigo, solo mi barquilla lamentará mi pérdida. Pero por qué no quieres que alentemos al pueblo anunciándole la próxima llegada de Ballesteros?

FER. Y quién nos responde de que este secreto se sepultaria como en nuestro pecho en los de millares de hombres, y de que no llegaria hasta los oidos de los franceses?

TIB. Bien dices.

FER. Si Ballesteros no llega, mi hijo muere ¡sin remedio.

TIB. Estoy hecho un alquitran.

ESCENA II.

Dichos, y MARIA.

MAR. Oh! al fin os encuentro. He corrido medio loca por toda la ciudad. Decidme, qué debo hacer: esas tropas no llegan, y la hora fatal se acerca á pasos de gigante. [y Carlos] va á morir. Y ya lo sabeis, yo no quiero que muera... Va-

mos, hablad; no os ocurre á vosotros algun medio para salvarle? ¿Por qué callais? No se trata de eso?... Se trata de salvarle, no lo ois? De salvar á mi hijo!

FER. Maria!

MAR. Pero qué, ¿habeis renunciado por ventura á toda esperanza? Y no te has muerto de dolor, Fernando? Piénsalobien... Un joven en la primavera de su edad, dechado de virtud, modelo de nobleza y de valor; y porque á un hombre depravado se le antoja privar á un pueblo de uno de sus mas denodados campeones, á una madre de su único, de su adorado hijo, este pueblo y esta madre han de mirar en silencio la realizacion de una bárbara venganza? No, y mil veces no; aqui está la madre! Duermeme por ventura el pueblo cuando va á morir un hombre por haberle defendido? Ah! no es posible... Y si lo fuese, no importa, yo sola bastaria para arrancar á mi hijo de entre las manos de sus verdugos!

FER. Maria!

TIB. Fernando! Está loca!

MAR. (á Fernando.) Pero no; miradlos, ellos son que vienen á salvarle. A las armas, á las armas, españoles!... Una madre llevará vuestra bandera!

FER. Un medio, Dios santo, para arrancarla á ese espantoso frenesi! Escucha, Maria; ¿por qué no acudes al general francés? Dicen que es compasivo. Refiérele las maldades de Guillermo, las virtudes de Carlos, descúbreselo todo y quizá... Además, dile cual es la voluntad de un pueblo entero. Quién sabe, es tan elocuente el dolor... que se pierde en esta última y desesperada prueba.

MAR. Si, dices bien: corro á pedir al gobernador el perdon de Carlos ó mi muerte. ¿Creeis vosotros que me le concederá? Si, si me le concederá! Rogad á Dios por el hijo de mis entrañas. Yo en Dios confio. (vase precipitadamente.)

ESCENA III.

FERNANDO, TIBURON, y el pueblo que empieza á acudir á todos lados, pero principalmente á la izquierda, sitio por donde despues ha de aparecer CARLOS.

FER. Pobre muger! Ya cree seguro su triunfo!

TIB. Quién sabe, Fernando!

FER. Vana esperanza! Mira, el pueblo acude de todos lados... Y fuerza es confesarlo... sus semblantes demuestran que son buenos españoles... pero sin armas... indefensos... Oh! imposible... La hora fatal se acerca, Tiburon, se acerca... y esas tropas no llegan, y Maria no conseguirá nada.

TIB. Dios eterno, salvad á mi amigo, y aunque despues nos traguen las olas á mi y á mi barquilla.

FER. Qué rumor!.. cuanta gente acude del lado de la carcel... Esa hora va á dar.

HOM. 1.º Pobre joven! Hace tres horas que esos condenados dieron muerte al pobrecito de don Alvaro, que era un santo, y ahora van á fusilar á otro desgraciado por el crimen de ser un digno hijo de su patria.

HOM. 2.º Esto es infame!

FER. No es verdad que es infame, amigos míos..?

Y si ese joven fuese vuestro hijo, si le hubieseis juzgado perdido por espacio de muchos años..?

MUG. Qué?... vos seriais...

TIB. Si, un padre desventurado que va á ver morir á su hijo.

MUG. Esto ya no se puede sufrir.

HOM. 1.º Dicen que ese joven era muy amigo de don Alvaro y que conspiraba con él.

TIB. Si, amigos míos, es la verdad. Oye, la muerte de don Alvaro verificada hace tres horas, nada mas ha exasperado los ánimos y no tendria nada de particular... (dan las nueve.)

FER. y TIB. Oh! (este grito se repite confusamente entre el pueblo; pausa.)

MUG. Ya le han sacado de la carcel, porque, mira cuanta gente viene hácia aqui.

BAR. (entrando.) Y ese maldito Prudencio que no viene?

TIB. Ven, Fernando, ven.. (rumor creciente por la izquierda; quiere arrastrarlo.)

FER. No! quiero darle el último abrazo.

(Ya habrá empezado á oirse la marcha fúnebre del tambor. Un inmenso gentio entra en la plaza por las bocacalles de la izquierda, entre el cual se ven muchos marineros. Al fin aparece Carlos con un sacerdote al lado, y seguido de soldados franceses.)

VOCES. (del pueblo) Allí viene. Miradle: qué joven es... Pobrecito! son unos infames!

BAR. Malditos franceses! Pero señor, y Prudencio?...

ESCENA IV.

FERNANDO, TIBURON, CARLOS, etc.

CAR. No la veo! Tambien este consuelo se me veda. Recibe, pueblo amado, mi último á Dios, y vaya á arrodillarse sobre mi tumba una vez cada mes aquel que me compadezca, porque las oraciones del pueblo son agradables á Dios.

FER. Hijo mio! yo iré á rezar sobre tu tumba... (arrojándose en sus brazos.)

CAR. Siempre vos! Y mi madre? Responded. Quiero abrazarla.

FER. Está en este momento pidiendo al gobernador tu perdon.

CAR. Solo Dios puede perdonarme.

TIB. Estoy llorando como un chiquillo.

CAR. Oh! ya no soy tan desgraciado en la hora de mi muerte, pues me veo en los brazos de mi padre.

FER. (Dad la señal, Carlos, dad la señal.)

CAR. (No, aguardo con impaciencia la palma del martirio.) Padre del alma, A Dios! A Dios, amigo mio! (á Tiburon) Consolad á mi pobre madre.

FER. Ya no hay consuelo para ella ni para nosotros.

CAR. No seais tan crueles... Decidme que me olvidareis... que... No, no, decidme que morireis pensando en mi.

FER. y TIB. Carlos!

OBI. Vamos!

CAR. (al pueblo.) Ah! amigos míos, yo queria luchar por vuestra independencia; pero nuestros tiranos han descubierto mis proyectos, y quieren deshonorarme á vuestros ojos con una muerte afrentosa. Guillermo de Villareal es el hombre mas infame de la tierra, huid de él co-

mo de una emponzoñada serpiente. Recibe, pueblo amado, mi postrer á Dios. Y vosotros venid á ver como mueren los españoles por su patria y por su libertad. (*sale seguido de los soldados.*)

ESCENA V.

FERNANDO, TIBURON, BARBARA, Pueblo.

FER. (*al pueblo.*) Deteneos, deteneos y escuchadme. Quereis que ese valiente joven que queria sacrificarse por vosotros, sufra la muerte de un culpado?

PUEBLO. No, no!

FER. Pues bien; seguidme y Dios nos amparará! (*da algunos pasos y viendo que no le siguen se para.*) Vacilais cuando se trata de la salvacion de un hombre que vosotros habeis condenado? No teneis armas, bien lo veo; pero cuando el valor inflama á todo un pueblo, las armas son inútiles. Corramos á libertar á nuestro caudillo, y si no lo logramos, si en la contienda sucumbimos, habremos luchado al menos por la santa causa de la independenciam y de la humanidad.

TIB. (*á los marineros.*) Si, muchachos, dice bien. La muerte es preferible á la deshonra.

BAR. Yo soy una muger y estoy pronta á verter mi sangre.

FER. Ah! sois unos cobardes. Pero no veis que ya habrá llegado al sitio maldito, que ya estará de rodillas, que quizá ya murmurará las últimas palabras de su oracion. Oh! no teneis entrañas. Yo voy á arrojarme sobre las balas que seán disparadas contra mi hijo y el defensor de mi patria y moriremos juntos.

TIB. Todos moriremos por defenderle.

PUEBLO. Todos! si, si!

FER. Oh! gloria! Vuelvo á hallaros tal como yo os creia. Benditos seais, si; vosotros teneis sangre española.

BAR. Mueran los franceses!

PUEBLO. Mueran!

FER. Corramos á salvarle si es tiempo todavia.

ESCENA VI.

Dichos, GUILLERMO, y multitud de soldados franceses.

GUI. Apoderaos de ese hombre.

FER. Condenacion! (*los soldados franceses sujetan á Fernando que forcegea con ellos. El pueblo retrocede.*)

GUI. Como! el soldado Fernando!

FER. Si. Fernando, de quien habeis sido juguete. Fernando, que ha sabido engañaros... Fernando que os maldice...

GUI. Miserable!

FER. Desafio vuestra cólera. Carlos va á morir, y sabedlo. Carlos es mi hijo!

GUI. Ah! conducidle á una prision.

FER. Si. llevadme. para qué quiero la vida, para qué la quiero? Para vengarme! si, venganza. Cesa de ser cobarde: manda á estos hombres que me dejen, y cuerpo á cuerpo... con las armas que tu quieras, te haré ver la distancia que hay del asesino que hiere por la espalda, al hombre de honor que lucha frente á frente.

GUI. Un duelo! Llevadle... Este hombre se ha vuelto loco... Sufrirás la misma suerte que tu

hijo.

FER. Hijo mio! Oh! es muy justo. El esclavo miserable se arrastra como vil gusano á los pies de su señor, el hombre libre, muere con gloria! Llevadme, llevadme. (*cuatro soldados lo sacan de la escena.*)

ESCENA VII.

Dichos, menos FERNANDO, y en seguida MARIA.

GUI. En que consistirá la tardanza del fusilamiento de ese hombre! La descarga debe oirse desde aquí y todavia...

MAR. (*dentro.*) Perdon! perdon! (*sale por la izquierda agitando un pañuelo blanco, corre á la derecha*)

PUEBLO. Ah!

MAR. Perdon! perdon! (*trae un papel en la mano.*)

GUI. Deteneos.

MAR. Ah! Dejadme, todavia es tiempo; es el perdon de mi hijo!

GUI. Aguardad un instante.

MAR. Defendedme, defendedme. (*se oye una descarga lejana.*) Oh!

GUI. Estoy vengado!

TIB. Recibe en tu seno, Dios mio, el alma de un martir.

(*Vuelve de su estupor, se lanza sobre Guillermo, le arranca la espada y dice con voz robusta y en estado de frenesi espantoso.*)

MAR. A ellos!

GUI. Firmes, granaderos. Apunten!

(*El pueblo entusiasmado por el grito de Maria ha tomado una actitud amenazadora. Oyense gritos confusos, las campanas tocan á rebato y rompe un prolongado fuego de fusileria.*)

GUI. Qué significa esto?

UN OFI. (*que llega*) Hemos sido sorprendidos. La division de Ballesteros está dentro de la ciudad. El pueblo ha tomado parte en la contienda. A vos os toca defender este sitio. (*vase el oficial.*)

TIB. Mueran los franceses!

(*El pueblo cae sobre los franceses y traban una lucha encarnizada en que toman parte las mugeres. Grupos interesantes. Esto pende de la direccion. Los soldados vencen al fin al pueblo y aquellos amenazando é hiriendo á este, forman un cuadro interesante. Guillermo se lanza sobre Maria, la arroja al suelo, y en este instante desemboca en la plaza un tropel de marineros armados, entre los cuales figura Tiburon, y á cuya cabeza viene Fernando; que reparando en el grupo de Guillermo y Maria, se precipita sobre el primero con un cuchillo en la mano.*)

GUI. Fernando!

FER. Venganza!

(*Le hiere, y Guillermo cae muerto. Los franceses animados por un oficial, se arrojan sobre el pueblo y le hacen retroceder: mas al son de una música militar que ya se habrá dejado oír, aparece Prudencio en traje de militar con enormes bigotes y la bandera española. A un lado viene Carlos, con sable en mano, siguelos una multitud de soldados de la division de Ballesteros.*)

ESCENA VIII.

Dichos, PRUDENCIO, derecha.

PRU. Viva Ballesteros! Viva la independenciam. (*toman en la lucha parte y pronto huyen los franceses.*)

BAR. Esposo mio!

PRU. Málaga es libre!

MAR. Mi hijo libre! Es esto verdad.

PRU. Tan verdad como que cuando iban á darle muerte, nos presentamos de improviso, y descerrajamos una buena descarga sobre los soldados franceses.

CAR. Madre mia!

FER. Hijo del alma!

CAR. Los franceses han huido al castillo de Gibralfaro.

BAB. Ves como yo te decia bien? No hay nada mas hermoso que luchar por la patria!

PRU. Si, pero guarda esos bigotes que han sido mi disfráz y todo mi valor.

MAR. Me parece un sueño. (*entre los brazos de ambos.*)

CAR. La independendia es el alma de los pueblos. Jurais perecer por ella?

PUEBLO. Si, si!

FER. Viva la independendia de España.

POEBLO. Viva! (*todos se descubren. Carlos levanta la bandera.*)

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.— Aprobada en sesion del 13 de junio de 1849.— *Baltasar Anduaga y Espinosa.*—Es copia del original censurado.

MADRID, 1850:

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

El Tio Pablo ó la educación, c. en 2.
El Vivo retrato t. 3.
El Ultimo de la raza, c. en 1.
El Ultimo amor, o. 3.
El Usurero t. 1.
El Zapatero de Lóndres, t. 3.
El Tigre y el toro, o. 1.

Fausto de Underwal, t. 5.
Fuerte-Espada el aventurero, t. 5.

Gustavo III ó la conjuracion de Suecia,
t. 5.

Hasta los muertos conspiran, o. 3.
Honores rompen palabras, ó la ac-
cion de Villalar, o. 4.
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.
Halifax, ó pícaro y honrado, c. en 3 y
un prólogo.

Inventor, bravo y barbero, t. 1.
Ilusiones, o. 1.

Jorge el armador, t. 4.
Juí que jembra, o. 1.
José Maria, ó vida nueva, o. 1.
Juan de las Viñas, o. 2.
Juan de Padilla, o. 6 cuadros.
Jacobo el aventurero, o. 4.
Julian el carpintero, t. 3.
Juana Grey, t. 5.

La Abadia de Penmarck, t. 3.
La Alqueria de Bretaña, t. 5.
La Barbera del Escorial, t. 1.
La Batalla de Clavijo, o. 1.
La Boda y el testamento, t. 3.
Los contrastes, t. 1.
La Conciencia sobre todo, t. 3.
La Cocinera casada, t. 1.

Las Camaristas de la Reina, t. 1.
La Corona de Ferrara, t. 5.
Las Colegialas de Saint-Cyr, t. 5.
La Cantinera, o. 1.
La Cruz de la torre blanca, o. 3.
La Conquista de Murcia, por don Jai-
me de Aragon, o. 3.
La Calderona, o. 5.
La Condesa de Senecey, t. 3.
La Caza del Rey, t. 1.
La Capilla de S. Magin, o. 4.
La Cadena del crimen, t. 5.
La Campanilla del diablo, t. 4 y pró-
logo. Magia.
Los celos, c. en 3.
Las cartas del conde-duque, c. en 2.
La Cuenta del zapatero, c. en 1.
Los dos Fóscaris, o. 5.
La Dicha por un anillo y mágico rey
de Lidia, o. 3. Magia.
Los Dos ángeles guardianes, t. 1.
Los Dos maridos, t. 1.
La Dama en el guarda-ropa, o. 1.
La Feria de Ronda, o. 1.
La Felicidad en la locura, t. 2.
La Favorita d. en 4.
La Gaceta de los tribunales, c. en 1.
La hija de Cromwell, d. en 1.
La Hija del bandido, t. 1.
La Hija de mi tio, t. 2.
La Hermana del soldado, t. 5.
La Hermana del carretero, t. 5.
Las Huérfanas de Amberes, t. 5.
La Hija del Regente, t. 5.
Las Hijas del Cid y los infantes de
Carrion, o. 3.
La Hila del prisionero, t. 5.
La Herencia de un trono, t. 5.
Las Intrigas de una corte, t. 5.
La Ilusion ministerial, o. 3.
La Joven y el zapatero, o. 1.
La Juventud del emperador Carlos V,
t. 2.
Leonardo el peluquero, t. 3.
Laura de Monroy, ó los dos Maestres,
o. 3.
Luchar contra el destino, t. 3.
Luchar contra el sino. (vease Sortija
del Rey), o. 3.
La Ley del embudo, o. 1.
La Muger eléctrica, t. 1.
La Modista alferez, t. 2.
Los Mosqueteros de la Reina, . 3.
La Mano derecha y la mano izquierda,
t. 4.
Los Misterios de París, primera parte
t. 6 cuadros.
Idem segunda parte, t. 5 cuadros.
Los Mosqueteros, t. 6. cuadros.
La Marquesa de Savannes, t. 3.
La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.
La Opera y el sermon, c. en 2.

La Pomada prodigiosa. 1. 1.
La Penitencia en el pecado, c. en 3.
La Posada de la Madona, d. en 4 y
prólogo.
Lo primero es lo primero, t. 3.
La Pupila y la péndola, t. 1.
La Protegida sin saberlo, t. 2.
Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.
Los Prusianos en la Lorena, ó la hon-
ra de una madre, t. 5.
La Posada de Currillo, o. 1.
La Perla sevillana, o. 1.
La Primera escapatoria, t. 2.
La Prueba de amor fraternal, t. 2.
La Pena del talion ó venganza de un
marido, o. 5.
Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.
La Reina Sibila, o. 3.
La Reina Margarita, o. en 6 actos.
La Rueda del coquetismo, o. 3.
Los Soldados del rey de Roma, t. 2.
Los Templarios, ó la encomienda de
Aviñon, t. 3.
La Taza rota, t. 1.
La Tercera dama duende, c. en 3.
La Toca azul, c. en 1.
La Vida por partida doble, t. 1.
La Viuda de 15 años, . 1.
La Victima de un vision, t. 1.

Mas vale tarde que nunca, t. 1.
Muerto civilmente, t. 1.
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.
Mi vida por su dicha, t. 3.
Maria Juana, ó las consecuencias de
un vicio, t. 5.
Martin y Bamboche, ó los amigos de
la infancia, t. 9 cuadros.
Mateo el veterano, o. 2.
Marco Tempesta, d. en 3.

Ni ella es ella, ni él es él, ó el capitan
Mendoza, t. 2.
No ha de tocarse á la reina, t. 3.
Nuestra Señora de los Avismos, ó el
castillo de Villemeux, t. 5.
Nunca el crimen queda oculto á la
Justicia de Dios, t. 6 cuadros.

Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 3.

No hay miel sin hiel, o. 3.

No mas comedias, o. 3.

No es oro cuanto reluce, o. 3.

No hay mal que por bien no venga, o. 1.

Percances de la vida, t. 1.

Perder y ganar un fronó, t. 1.

París el gitano, t. 5.

Paraguas y sombrillas, o. 1.

Perder el tiempo, o. 1.

Perder fortuna y privanza, o. 3.

Pobreza no es vileza, o. 4.

Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, d. en 5.

Por no escribirle las señas, c. en 1.

Quién era? o. en 1.

Quién será su padre? c. en 2.

Reinar contra su gusto, t. 3.

Rabia de amor!! t. 1.

Roberto Hobart, ó el verdugo del Rey, o. 3 actos y prólogo.

Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.

Ricardo el negociante, d. en 3.

Si acabarán los enredos? o. 2.

Sin muger y sin empleo, o. 1.

Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.

Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.

Trapisondas por bondad, c. en 1.

Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t. 3.

Valentina Valentona, o. 4.

Un buen marido! t. 1.

Un cuarto con dos camas, t. 1.

Un Juan Lanas, t. 1.

Una muchachada! t. 1.

Una cabeza de ministro, t. 1.

Una noche á la intemperie, t. 1.

Un bravo como hay muchos, t. 1.

Un diablillo con faldas, t. 1.

Un pariente millonario, t. 2.

Un avaro, t. 2.

Un casamiento con la mano izquierda t. 2.

Un padre para mi amigo, t. 2.

Una broma pesada, t. 2.

Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.

Un dia de libertad, t. 3.

Uno de tantos bribones, t. 3.

Una cura por homeopatía, t. 3.

Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, t. 3.

Un error de ortografía, o. 1.

Una conspiracion, o. 1.

Un casamiento por poderes, o. 1.

Una actriz improvisada, o. 1.

Un tio como otro cualquiera, o. 1.

Un motin contra Esquilache, o. 3.

Un corazon maternal, t. 3.

Una noche en Venecia, o. 4.

Un viaje á América, t. 3.

Un hijo en busca de padre, t. 2.

Una estocada, t. 2.

Un matrimonio al vapor, o. 1.

Un soldado de Napoleon, c. en 2.

Un casamiento provisional, c. en 1.

Una audiencia secreta, d. en 3.

Un quinto y un párbulo, c. en 1.

Un mal padre, d. en 3.

Un rival, c. en 1.

Un marido por el amor de Dios, c. en 1.

Un amante aborrecido, c. en 2.

Yo por vos y vos por otro. 3.